

# HELIOS

AÑO II.—NÚM. X.—ENERO 1904

LECTOR:

**P**OR comenzar un nuevo año creemos tan de justicia como de cortesía dar testimonio de nuestra gratitud á tu benevolencia; y tenemos el júbilo de afirmar que para este saludo podríamos, con bien ligeras modificaciones y sin grandes escrúpulos de conciencia, reproducir aquel otro con que iniciamos nuestro primer número. Tal se ha conservado el espíritu y de tal suerte subsiste entre nosotros el entusiasmo, que fueron aliento de esta fundación.

HELIOS está orgulloso de su constancia, y aún más agradecido á la constancia de los que le han ayudado. Es en España moda hablar mal de la gente de letras: para HELIOS casi todos los literatos han tenido tal calor de amistad, que bien puede llamarse nuestra revista «ahijada» de las letras españolas. Grandes y pequeños nos han hecho con liberalidad don de su espíritu: por eso HELIOS ha podido ofrecer en sus índices muestra gallarda de la mentalidad española contemporánea. Gracias á todos; gracias á la prensa, que en los primeros



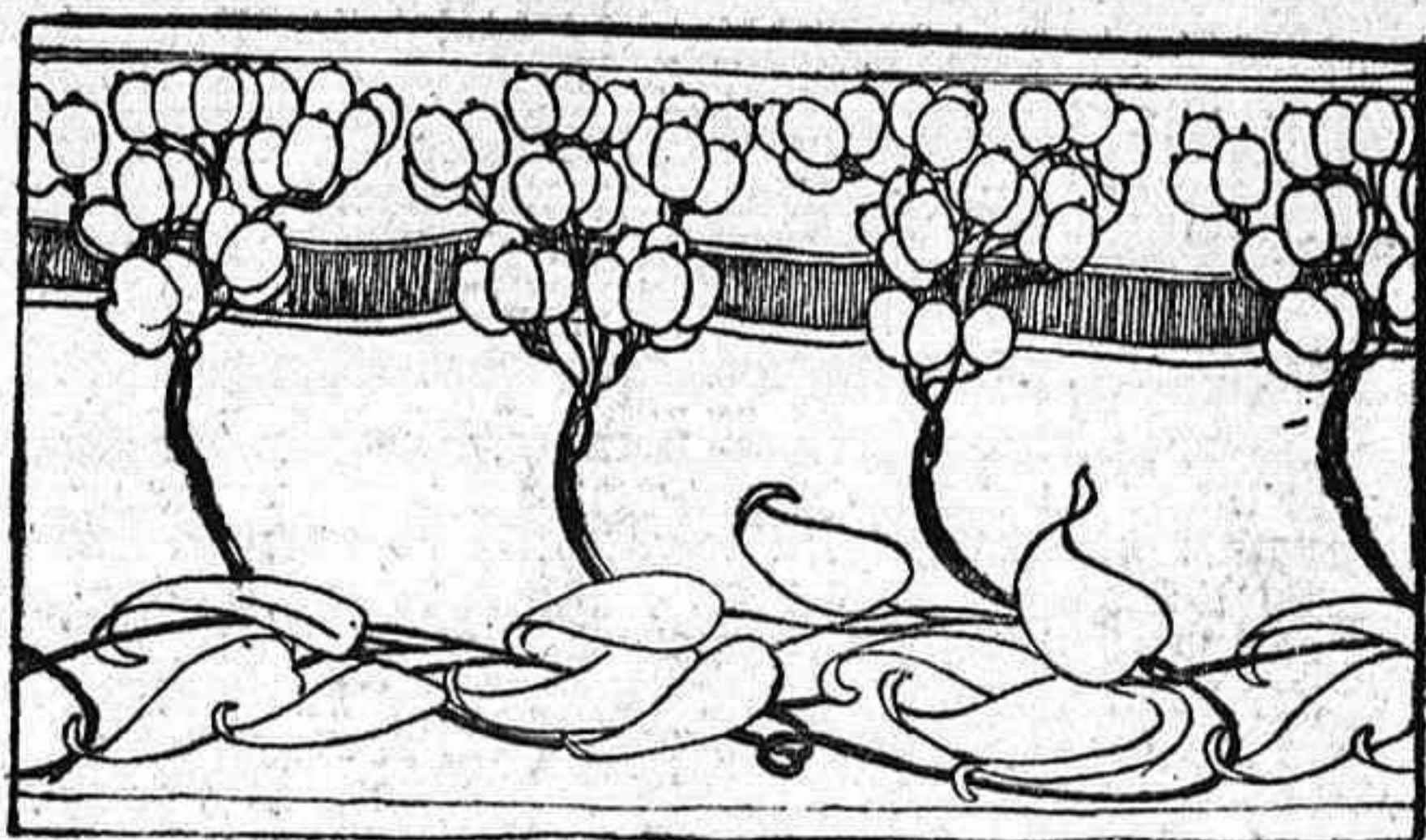
*tiempos nos dió impulso y calor, y gracias especialísimas á los escritores y lectores hispano-americanos, de quienes tan gratas realidades tenemos recibidas y de quiénes tantas esperamos.*

*Es fiesta de gozo para corazones bien nacidos hacer recuento de amistades, y hoy celebra HELIOS esta solemne fiesta. Y hállase con la peregrina suerte de que sus pocos enemigos están precisamente en aquellas regiones del mundo literario que jamás le inspiraron el menor interés.*

*Con todo esto, y á pesar de ello, hubo en nuestro empeño de arte algunas hondísimas tristezas y hartos sacrificios, sacrificios que aún duran y tristezas que el tiempo va esfumando; pero HELIOS sabe como ennoblecen los sacrificios á las causas y como las tristezas son para el alma incensario de buenos recuerdos, y ni de unas ni de otros quisiera prescindir.*

*Adelante, pues, y venga la vida, que solo por ser vida sabe á gloria. Queremos decirte, lector, antes de abandonar tu grata compañía, que nuestro espíritu continúa llamándose «libertad.» — JUAN R. JIMÉNEZ.—G. MARTÍNEZ SIERRA.—CARLOS NAVARRO LAMARCA.—RAMÓN PÉREZ DE AYALA. SANTIAGO PÉREZ TRIANA.*





◆ J. MARTINEZ RUIZ ◆  
LOS BUENOS MAES-  
TROS ◆ ◆ MONTAIGNE

AUNQUE este hombre nos dice que estos pequeños ensayos son «des excréments d'un viel esprit», no hay que creerlo; son, sí, páginas repletas de frescas, amenas y vivaces observaciones. Él nos habla de todo; está sentado en su biblioteca; desde ella se ve el jardín, el corral lleno de ruidoso averío, el campo con un verde y tupido bosque. Desde aquí, él, cuando se cansa de hojear un libro y otro libro, se levanta, se apoya acaso un poco en la ventana mirando el deleitoso panorama, da una vuelta por la estancia, piensa en sus impresiones. No tiene otra cosa en qué pensar: él nos lo cuenta todo. Sabemos que se casó á los treinta y tres años, que no le gusta beber vino sino



en un gran trago después de las comidas, que le molesta mucho el mal de piedra, que no sabe jugar bien á la pelota ni bailar con gracia, que siente—y notad este exquisito rasgo de sensibilidad artística—que siente una intensa voluptuosidad oyendo «los versos de Horacio y Catulo cantados con voz clara por una boca bella y joven»....

Si le preguntamos cuál es su plan en la vida, qué piensa de la finalidad de las cosas, cuál es la actitud de su espíritu ante los grandes problemas del ser y del no ser, seguramente que se quedará un poco en suspenso, aquí en su pequeña biblioteca, como si no supiera nada de esto, y luego, al cabo de un breve rato, nos contestará sencillamente que «su oficio y su arte es vivir». Y con esto le sobra: pero como él ha de pasar por la vida en compañía de cosas y de hombres, se ve obligado á observarla, y luego anota en cortos capítulos sus impresiones. «*Distingo* es la parte más universal de mi lógica», escribe él. Y esto nos hace barruntar que se trata de un hombre un poco á flor de tierra, cauto, sagaz, práctico; y lo es en efecto; si os habla de los milagros, os dirá que están «más en nuestra ignorancia de la Naturaleza que en la esencia de la misma Naturaleza»; si se trata del amor llegará á afirmar, dejándose de vanas soñaciones, que es «asunto que principalmente atañe á la vista y al tacto» y si saliendo de la esfera de la especulación y bajando á la de la realidad, ocurre que se halla siendo alcalde de una ciudad cuando llega á invadirla una epidemia, él se curará de quiméricos heroismos y se marchará prudentemente á un sitio saludable.

Y yo amo á este gran filósofo por estas cosas: Montaigne representa la concepción ondulante,



flexible, circunstante, contingente de la vida, frente á la concepción abstracta y absoluta de los viejos protestantes y de los modernos horriblos kantianos. Leed su bello y breve ensayo sobre *la inconstancia de nuestras acciones*; en él está en germen, como en las obras de nuestros casuistas, toda la libertad del espíritu moderno. Son dos tendencias irreductibles que vienen dándose una batalla formidable á través de la historia: á un lado están los ideales abstractos, inflexibles, independientes de toda contingencia de tiempo, de espacio y de mil circunstancias variadas, rígidos, implacables, que se llaman Verdad, Bien, Moral, Justicia, Progreso, Conciencia; á otra banda se encuentran los pequeños ideales que mudan con el mudar del tiempo y de la vida, las acomodaciones discretas, los errores benéficos, la sutilidad indulgente que aplica á cada caso su procedimiento momentáneo y no formula una regla bárbara, universal é incommovible como un ídolo ó como un dios. Al lado de los primeros ideales, es decir, de las abstracciones, están Sócrates (empeñado en disuadir á todos de sus quimeras), Lutero con los sectarios de la conciencia intangible, Kant con sus feroces «imperativos categóricos»; enfrente de ellos se alzan Montaigne, La Fontaine, Baltasar Gracián con su incomparable *Oráculo Manual*, los jesuitas con sus amables sumas y compendios de casos, La Rochefoucauld con sus *Máximas*.... Es una lucha épica; es la lucha de la vida multiforme y ondulante contra los que pretenden reducirla á fórmulas abstractas que nos aplasten y atosiguen. Y ocurre—y ved la enorme paradoja—que en los tiempos que atravesamos, en estos tiempos de honda elaboración y disgregación de ideas, en que



perecen viejos dogmas éticos y nacen concepciones inauditas; ocurre que los partidarios de la abstracción-Dios, es decir, los negadores de la vida (kantianos ó demócratas) son tenidos por los representantes de la libertad y del progreso, mientras que son tachados de reaccionarios aquellos espíritus que, como los viejos jesuitas que destruyeron la Moral absoluta, tratan de derribar de sus tronos estos otros pequeños y tiránicos dioses que los «liberales» y los «progresistas» reverencian y ensalzan con fanatismo....

Montaigne ha manejado bien la piqueta, el serrucho y la lima contra estos terribles ídolos, pacientemente, metido en su pequeña biblioteca. Y así, tranquilo, voluptuoso, viviendo solitario en su torre, escribiendo de cuando en cuando una página, bebiendo un largo trago después de las comidas, ha pasado sus días en este planeta deleznable.





JUAN R. JIMENEZ    ◆    ◆

◆    ◆    JARDINES LEJANOS

*Mañana de primavera.  
Vino ella á besarme, cuando  
una alondra mañanera  
subió del surco cantando:  
Mañana de primavera.*

*Le hablé de una mariposa  
blanca que ví en el sendero;  
y ella, dándome una rosa,  
me dijo: ¡cuánto te quiero!  
¡no sabes lo que te quiero!*

*Guardaba en sus labios rojos  
tantos besos para mí!  
Yo le besaba los ojos...  
—Mis ojos son para ti,  
tú para mis labios rojos.*

*Respondí con mis mejores  
madrigales. Y ella: ¿quieres  
bajar al jardín? Las flores  
ayudan á las mujeres  
cuando cuentan sus amores.*

*El cielo de primavera  
era azul de paz y olvido...  
Una alondra mañanera  
cantó en el huerto dormido.  
Luz y cristal su voz era*



*en el surco removido...  
¡Mañana de primavera!*



*El azul de este cielo no es tan  
melodioso; las rosas no tienen  
aquel rosa... Las dichas se van  
á las sombras, y ya nunca vienen!*

*Este otoño tan gris y tan frío  
me ha encontrado sin novia... ¿A quién cantas,  
corazón, tu estribillo sombrío?  
—Es tan triste pensar que entre el frío  
habrá tantas sin novio, habrá tantas!*

*Yo he querido buscar el camino  
de los valles; la senda en paz; pero  
mi destino es un triste destino  
y jamás he de hallar lo que quiero.*

*Y ya véis lo que quiero: una estrella  
que dé al campo su luz cristalina,  
una novia muy pobre y muy bella  
que me ayude á subir la colina;*

*un arroyo que cruce el sendero,  
un rebaño en la verde montaña,  
un aroma de pan y romero  
en la paz de la dulce cabaña;*

*lo que tienen los pobres: la queja  
de los valles; la flauta dormida;  
una copla muy triste y muy vieja  
que dé música y luz á la vida...*

*¡Años viejos y líricos! Años  
en que solo con mi enamorada  
yo veía volver los rebaños  
al amor de la luna dorada!*



*Cuando viene el mes de mayo  
todo el campo huele á rosas;  
el rayo de sol es rayo  
de esencias y mariposas.*



de satisfacerse hasta que arrebate el mundo á la humanidad, y á la humanidad del mundo.

Hoy he estado en la soberbia colección de Lady Wallace, y he visto en ella un reloj de sol, extraído acaso de medioeval monasterio, que lleva esta inscripción: *Horas non número nisi serenas*. Sin duda, algún monje que en los umbrosos jardines abaciales meditaba sobre las vanidades humanas, sintió invadir sus sentidos por dulce languidez mística, y decidió immortalizar el olvido de sus pasadas luchas, grabando en el cuadrante un lema que sugiriera beatitudes y dulces sueños de paz.

Me encantan los relojes de sol. Están *Sub Dio*, siempre al aire libre; marcan apenas las horas nebulosas, ignoran las sombrías, y no abruman nuestros oídos con el mortificante tic-tac del péndulo. El tiempo pasa ante ellos, silencioso, imperceptible, vacilante entre la luz y la sombra. Si todas nuestras horas fuesen serenas, pasarían para nosotros inadvertidas, como las nocturnas para el reloj de sol.

He visto luego relojes de arena; me desesperan. Son reproches mudos, pero punzantes, de mis horas perdidas ó mal empleadas (minutos y minutos del tiempo que vuela), y al contemplarlas, parece ver mi existencia desmoronarse en átomos y correr, correr..... hasta el último de sus fragmentos.

Acaso para la triste viuda de los poemas de Bloomsfield, era consuelo dar vuelta á su reloj de arena, al espirar cada una de sus largas horas de soledad y llanto; pero yo, que nada tengo de melancólico, no puedo menos de estremecerme un



tanto ante ese terrible *memento mori*, escrito en el hilo sutil de las arenillas implacables.

Vuelen si quieren los taciturnos á los apergaminados brazos de Laquesis y Atropos. Yo no estoy tan desesperado que desee sus letales caricias, ni soy tan santo que no tema el atardecer del día de mi ocaso.

Entro á la colección de relojes franceses. Veo uno coronado por airoso grupo escultórico, representando al tiempo sentado en un barquichuelo que Cupido conduce. Tiene por lema *L'amour fait passer le temps*. Admiro el ingenio del artífice. En la escultura y leyenda de su elegante péndulo, condensó las aspiraciones de los pseudo-exquisitos de la Francia intelectual moderna.

Pasar el tiempo. Nada serio, nada hondo, todo vago, escéptico, frívolo ó extravagante. No me seducen tales intelectos, prefiero los corazones que aman y odian con fuerza, con energías, con rumbos fijos á nortes gloriosos. Sucumbirán tal vez, pero es preferible morir luchando por un ideal de resurrección, á vivir sin otro objeto que pasar el tiempo, buscando un nuevo placer para cada minuto, y concediendo un solo minuto á cada nuevo placer.

Aborrezco las ideas *in transitu* que enervan, amo las perdurables que levantan. Un espíritu francés de los que hoy privan, sonreiría con gesto de desdén ante el *Horas non número nisi serenae* del cuadrante abacial, y encontraría en cambio ingeniosas las críticas de Voltaire sobre las impropiedades técnicas de Shakespeare ó Milton. *Il avait beaucoup de gout*, diría (frase consagrada) como si el gusto fuera disposición hipercrítica para escudriñar defectos, en vez de capacidad



sensible para apreciar bellezas. No sintió jamás Voltaire las delicadezas de Ofelia, ni le conmovió el triste sino de Imógenes, ni le sobrecogieron las brujas de Macbeth, ni oyó ruidos extraños en la isla de Próspero, ni vió dormir los rayos de luna en los lechos de flores de las hadas de Oberón, ni se estremeció ante la «majestad de gloria en ruínas», del Satanás de Milton; pero en cambio nos hizo saber que no hay puertos de mar en Bohemia; que la pólvora no se había inventado cuando luchaban los ángeles del Paraíso Perdido; que los lamentos de la Atalia de Racine, y las insoportables estrofas del Titus y Berenice, eran modelos de clasicismo, y que todo aquel que después de tan importantes descubrimientos, admirara algo en Shakespeare ó Milton, no tenía ni podía tener gusto artístico.

*Magister dixit*, y siguióle Moratín con sus malhadados comentarios, y se asombró de que Horacio y los guerreros de Elsinore creyeran en apariciones, y nos puso de manifiesto sus pasiones de escuela y su falta de capacidad artística.

Cosa rara; á pesar de Voltaire y Moratín, seguimos creyendo que Shakespeare es un genio sublime, y que el sol, aun teniendo manchas, iluminará el mundo hasta el fin de los siglos. Aquí de mi aborrecimiento á las ideas *in transitu*, las que pasan como pasa la espuma que va deshaciéndose en la ola.

Me aparto de la colección francesa. He visto en ella un sinnúmero de relojes encerrados en caprichosos estuches y cubiertos de cinceladas tapas. No son como el reloj de sol, claros, francos, serenos; son complicados joyeles que ocultan el



tiempo y sólo ponen de manifiesto la vanidad de sus pomposos poseedores.

Antójaseme que cuando los abrían para mirar la hora, debían adoptar un continente misterioso y sibilino como si llevaran en el bolsillo un oráculo délfico.

La idea del tiempo es la más independiente que existe, y es ridículo mezclarla con la vanidad y la moda. Pierde el reloj la solemnidad de sus avisos si se guarda en cien cajas como talismán nigromántico.

¡Cuanto más hermosos son los relojes sajones con sus esferas claras, nítidas, sin afectaciones ni rebuscamientos! Los artífices británicos, al revés de sus vecinos, creyeron sin duda más posible que el tiempo hiciera pasar el amor, y no que el amor hiciera pasar el tiempo. Puede que tuvieran razón.

La diferencia de caracteres no deja de ser curiosa. Los ingleses cuentan y ahorran el tiempo; los franceses lo dilapidan y pasan; nosotros hacemos mucho más... lo matamos.

Salgo á la calle y sus bullicios. Vertiginoso es el tráfico, atronador el mecánico estruendo. Omnibus, coches, vehículos de mil formas, el pesado carromato comercial con sus percherones gigantes y sus ruedas rechinantes; el automóvil con su obsesionante *taf, taf*, y su antiestética forma, hombres y mujeres que pasan sin pararse como figuras de cinematógrafo, y cuentan los minutos, los segundos, el tiempo que huye, y es dinero, progreso, bienestar y engrandecimiento.

Son las últimas horas de la semana, y la metrópoli inmensa las aprovecha febricitante.

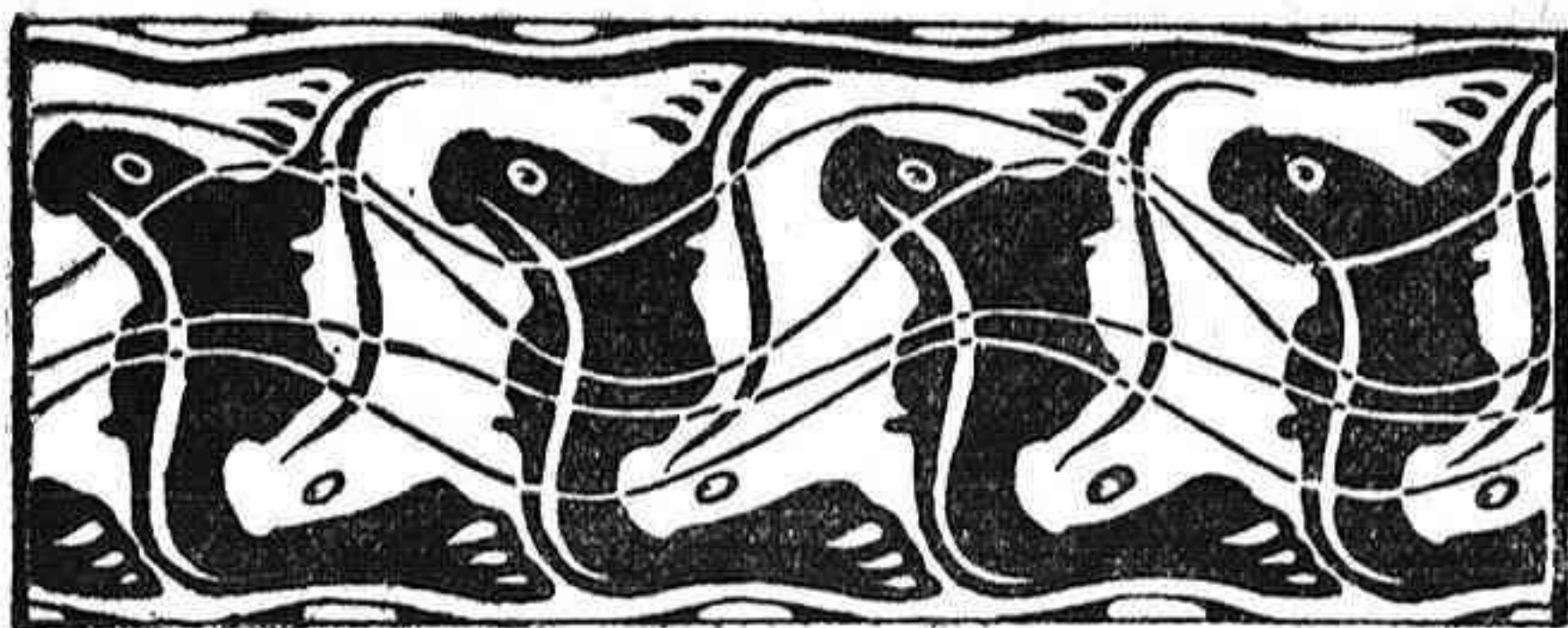
Son horas de agitación, de penurias, de ansiedades comerciales, de industriales luchas; horas de



actividad, de energías, de fuerza, de vida, que van pasando rápidas y acercando el día séptimo, el sereno *sabath* del anglicanismo. Pronto llega. Ya lo anuncian en vibraciones solemnes las campanas de los templos, que hendiendo el aire y atravesando las nieblas, acallan el anheloso y humeante respirar de las chimeneas de las fábricas.

Dan las cuatro. Las crepusculares sombras, oscureciendo las nieblas, enlutan más y más los no muy claros horizontes. Ha cesado la jornada de seis días con sus afanes, empieza la del bíblico reposo. Las grandes vías de la ciudad colosal van quedando desiertas, ciérranse á piedra y honda sus almacenes suntuosísimos. El pueblo de Londres va á descansar un día entero, va á recorrer sus soberbios y esmeradísimos parques, va á curiosear sus museos y galerías artísticas, á entonar himnos litúrgicos en sus asambleas de secta, á gozar las alegrías expansivas, pero íntimas, de sus hogares puritanos, á contar las horas serenas, las que no traen trabajos ni penurias, á meditar tal vez entre las hileras de tumbas sin cruz de los lúgubres jardines de sus iglesias cubiertas de hiedra, en el amargo sentido de aquella inscripción del cuadrante de Middle-Temple: *Somos sombras y nuestras vidas pasan como sombras.*





MANUEL MACHADO ◊  
NUESTRO PARÍS ◊ EL  
AMOR Y LA MUERTE

HABÍA terminado la comida, y el flirt permitido con aquellas damas iba más allá de lo que Modry calculara. La situación se sostenía entre los siguientes personajes. Modry, anfitrión, que nos daba hospitalidad y cena (s. c.) en su garçonnière; M. Trudain, Mme. Trudain, (vamos al decir), una morena deliciosa; Violetta, la bellísima rubia entretenida por el banquero X, (cosa que nosotros debíamos ignorar), mi amigo O'Connor, español-irlandés y yo.

Yo dejé á O'Connor, como más experimentado y más amigo de la casa que hiciera su corte á Mme. Trudain en las barbas de su señor, que lo llevaba muy á bien por cierto, entretenido en conversación de negocios con Modry,—y me dediqué en cuerpo y alma á la esbeltísima Violetta.



—Yo no se hacer la corte en francés le dije. Si pudiéramos hablar en español le diría mil cosas tan sutiles y tan poéticas que la encantaría. Porque usted no sabe la cantidad de poesía que van acumulando en mi alma los ojos de usted.

—El cumplimiento es ya de traz-os-monte. Los españoles solo son capaces de poner ese fuego en las palabras.... Yo creo que vuestro país guarda el secreto del verdadero amor. Un amor intenso, ardiente, trágico ¿verdad? ligado de un modo indefinible con la muerte.... Oh! si se pudiera morir un poco!...

—¿No querría usted que probáramos?...

—Esa es ya una salida á la francesa. Sea usted mi español por completo. Yo lo comprenderé á usted. Adóreme á su modo. Olvide usted que estamos en París.

Aquí empezó para mí una situación verdaderamente cómica. El español que ella quería no se encuentra ciertamente en España. Si me conduzco como un chulillo madrileño ó como un galán de comedia clásica, estoy igualmente perdido. No se trataba de poseer aquella mujer, sino de conquistarla. Y la España que ella tenía en la cabeza era la de Gautier, la de Dumas, la de Bizet, corregida é ilustrada por algunas canciones de Carolina Otero.

—Si yo la amara á usted en español, le dije, me dejaría usted plantado ahora mismo... Sí. Porque le exigiría en primer término que se fuera usted de aquí, que saliera esta noche á la una á la ventana baja de su hotel y que me permitiera usted matar á los que se atrevieran á mirarla.

—Todo se lo concedo. Delo usted por hecho.

—Luego, añadí, la obligaría á jurar sobre la cruz



de este puñal ser sólo mía. Y después le daría el puñal para que lo llevase en la liga, prevenida contra toda asechanza.

—Deme usted.—Y al cojer el arma, su mano tembló ligeramente.

—Después le pediría que no recibiese á nadie. Que no saliese jamás sola. Y por fin que me diese una cita en su cuarto, subiendo yo por una escala de manos hasta el balcón.

—¿Y después?

—Después le exigiría un nuevo juramento cada día. Y como ni aun así estaría yo seguro de que su amor era sólo mío, decidiría por fin una noche que nos matásemos, y dejaríamos dicho que nos enterraran juntos.

—¿Así se ama en el país de usted?

—Sobre poco más ó menos.

—Pero yo no veo ahí más que exigencias por parte del hombre. ¿Y la mujer?

—La mujer ama y muere con los ojos cerrados.

—Pero sus derechos?

—No los tiene.

—Su venganza?

—¡Oh! todo lo terrible que usted quiera. Pero como el pérfido huye....

—¿Entonces qué le queda?

—La muerte.

—Triste condición.

—Sublime, al contrario. Amar y morir.

—Entre nosotros es al revés.

—Cómo?

—Si, amar.... y vivir. Tome usted su puñal.

—¡Oh! guárdelo usted como recuerdo de esta lección de amores.... No tenga usted miedo... Es un pomo de esencias.



Violetta me miró sorprendida. Después, los dos nos echamos á reir y cogidos del brazo, salimos del comedor.

La soirée terminó agradablemente.

Al otro día fuimos á dar las gracias á Modry, y ella le dijo:

—¿Sabes que son terribles tus *españolos*.... de *Batignolos*?







S. PEREZ TRIANA ◆ ◆ ◆

◆ ◆ ◆ DON MARCELINO

**R**ojos los techos y los muros blancos, la ciudad agrupa sus manzanas rectangulares á entrambas márgenes del arroyo torrentoso, que corre muy por bajo del nivel de las calles, cruzado por algunos puentes en que las gentes se reúnen á chismorrear en las claras noches de luna, al fragor incesante de las aguas.

El valle es largo, angosto y caprichoso. En todas direcciones lo encajonan collados, que se prolongan hasta culminar en montañas ceñidas de nubes. La mano del invierno jamás se posa sobre aquella tierra. Los bosques siempre frondosos y los prados siempre verdes, se calientan á los rayos del sol ecuatorial. Por las tendidas faldas se desgranán riachuelos y manantiales que chispean á la luz del sol, como corrientes de diamantes líquidos sobre un fondo verde. Los crugientes cañaverales y maizales, fila tras fila, festoneados éstos con enredaderas de frísoles, se sacuden ondulantes á impulso de los vientos.

En ese valle está Medellín, en el propio corazón de los Andes antioqueños, donde los montes, estrechándose, no toleran suelo plano, y las aguas se retuercen en las estrechas gargantas ó saltan por encima de los precipicios; tierra áspera á la par que bondadosa en



su misma austeridad, ópima en cosechas y que encubre ricos veneros de preciosos metales, anunciados ya por las afloraciones, ya por las partículas de oro menudísimas regadas como luciente polvo en las arenas aluviales.

El ferrocarril no ha profanado todavía ese suelo. El viajero sigue angostas sendas, caminos de herradura que se tienden en los flancos de los montes, bordean los precipicios y penetran en los sombríos bosques hacia el turbio Magdalena, que corre á perderse en el Caribe, 500 millas al Norte.

Con la espada y con la cruz—sobre todo con la espada—llegaron los primeros colonos conquistadores allá en el siglo xvi. Dícese que eran judíos convertidos al cristianismo. En aquellos tiempos los argumentos de España, tan pronta á quemar vivos á los herejes y á los refractarios, para convertirlos á la fe católica, eran tan poderosos, que no vacilaban en rendirse á ellos los escasos sobrevivientes de la raza sospechosa. El bautismo, empero, no traía consigo cambio alguno, porque el judaísmo está en la sangre. Los recién llegados, tan misericordiosamente (porque eso era la salvación) lanzados por la fuerza al seno de la única Iglesia verdadera, continuaron siendo lo que eran, lo que ya habían sido sus antepasados miles de años atrás, cuando esa Iglesia, la única verdadera (y por supuesto también eterna), ni en sueños siquiera había aparecido.

Obedecieron el Mandato, crecieron y se multiplicaron, prosperaron; fundaron ciudades, villas y aldeas. Con la fe nueva conservaron el antiguo é inmovible altar: el mostrador, que, como símbolo del tráfico de permuta, de compra y venta, marca un punto en que la savia de la cordialidad humana comienza á agriarse, en que se eclipsan nobles virtudes y desaparecen altas cualidades.

Entre el comprador y el vendedor, la justicia y la equidad como supremos guías de la conducta, están



fuera de lugar. El uno quiere obtener lo más que le sea posible; el otro, dar lo menos; la lisonja, la astucia y toda clase de argucias, rayanas en el engaño, del que sólo se prescinde cuando la ley lo define, son cosas permitidas y plausibles; los instintos más bajos de avaricia prevalecen; los amigos, los compañeros y los parientes más queridos son presa legítima. El triunfo se mide por el exceso de valor de lo que se obtiene sobre lo que se ha dado en cambio; la generosidad y la misma caridad están expresamente proscritas; las condiciones especiales de dura necesidad ó de cruel desgracia jamás se toman en cuenta. Tales son las bases fundamentales, los principios radicales del Comercio, Señor omnipotente del mundo, bajo cuyos auspicios amplios y católicos el asesinato y el pillaje son consagrados y santos, con tal de que alcancen las proporciones de guerra y de conquista.

El tiempo, el suelo y el clima, modeladores irresistibles, han heñido las condiciones locales adecuadas en el organismo de los colonos, que son hoy productos tan genuínos de la localidad, así adaptados y modificados, como las iguanas de las orillas de los ríos ó los mangos tupidos que se agrupan en arboledas embovedadas como templos. En el tronco antiguo, que aún subsiste, se han injertado los nuevos distintivos de carácter.

La raza es recia y laboriosa; amante del vino, ó para hablar con propiedad, del aguardiente, de los dados y del canto; pronta á resentir la injuria, pronta también á perdonar; prolífica, al punto que una familia de doce es apenas un buen principio, generosa de su sangre y su dinero, é imbuída de un cariño rayano en el fanatismo por las montañas nativas; experta en comerciar, permutar valores y en negocios de banca y de usura, condiciones que se revelan como



el acero de las garras agudas entre la suavidad del vellón de la pata de un gato.

Marcelino, mi amigo, á más de ser médico con numerosa clientela, era fabricante de drogas, tenía cría y ceba de ganados y dictaba conferencias de anatomía en la Escuela de Medicina regional. En aquellas tierras nuevas, quien sólo puede seguir una senda, fracasa. La rutina es fatal allí donde la naturaleza invicta y bravía se complace aún en la majestad inviolada de selvas, bosques y florestas y en donde los hombres son escasos.

Marcelino no tenía nada de aficionado ó *dilettante*; sus enfermos morían en proporción tan respetable al número de ellos como los de cualquier facultativo exclusivamente dedicado á su arte en países más adelantados; sus drogas y preparaciones químicas causaban menor estrago en la salud y en la vida públicas que las confecciones alemanas, presentadas con mejor aspecto, en que el almidón se disfraza de sulfato de quinina, la nuez moscada es de madera ordinaria, y los clavos y otras especias son de cartón impregnado, para imitar el olor respectivo, de esencias artificiales en que se han mezclado el ácido nítrico con el benzoico; sus ganados florecían en los exhuberantes prados; su prosperidad daba testimonio de su habilidad; y en cuanto á sus discípulos, la gran mayoría de ellos lograba hacerse del diploma que les daba el derecho de ganarse la vida haciendo experimentos en el cuerpo de sus semejantes.

En su adolescencia había trabajado como cualquier jornalero en los campos de caña paternos, á orillas del arroyo, ya río en embrión, tres leguas fuera de la ciudad. Con sus propias economías se trasladó á pié—enemigo de todo gasto evitable—á la capital de la nación, más allá de muchos montes y de muchos va-



lles; después de largos años volvió, habiendo visitado extranjeras tierras, hombre docto y conocedor de comarcas lejanas. Podría haber resumido la historia de sus viajes en las palabras de un bardo nacional:

«... Pueblos visité grandes y extraños,  
Y ví sus monumentos y sus fiestas,  
Bailé sus danzas, y bebí sus vinos  
Y en el seno dormí de sus bellezas.»

Don Marcelino, el padre, que á la sazón tenía ochenta años, vivía en el antiguo hogar; una casa cercana á la orilla del camino, de blancura deslumbrante, frangeada por el verde de las columnas en que se asentaba el techo del amplio corredor que la circunscribía, protegido por el manto de las enredaderas y la sombra de los arboles vecinos.

Hasta donde alcanzaba la vista, desde el valle á la cumbre de los montes, se tendían los campos en toda la gama de matices del verde y del amarillo: del cerro de Santa Elena, á una altura de 2.000 pies, se desgajaba una corriente de agua en innúmeros saltos y cascadas, hasta el nivel del valle, en plena vista, como un acróbata que se deja caer del alto trapecio en la templada red, ante un público cuellitendido y boquiabierto.

Don Marcelino era alto, delgado y arrugado como un bejuco retorcido; llevaba camisa blanca sin cuello y pantalones de tela tejida en el país, los pies desnudos en sandalias, cuyas correas, pasando entre los dedos, se ataban alrededor del tobillo; la ruana, pieza rectangular de tela rajada en el centro para dar paso á la cabeza, y el sombrero de paja, de tejido tan fino como una fábrica de algodón, alón y de alta copa; completaban su atavío.

Robusto de miembros, ágil de espíritu, el tiempo tan sólo había logrado enturbiar sus ojos. Hijo del



pueblo, en su vida se reflejaba la historia del siglo moribundo; era un eslabón humano, entre los vetustos días de la colonia y los años que alboreaban de progreso atropellador.

Un día, mientras aguardábamos la hora del almuerzo, en el ancho corredor, D. Marcelino dió rienda suelta á sus recuerdos; fluían de su memoria, como el agua de la llave abierta de una fuente. Enfrente hervía la vida en el camino. Recuas de mulas, pesadamente cargadas, que avanzaban sacudiendo las orejas y con rítmico gruñir, á cada paso, protestaban con perversas coces contra la intervención de los arrieros, mordían con glotonería las manchas de yerba rezagadas en la vía polvorienta ó las verdes ramas salientes de árboles ó cualquier pedazo de papel ó crugiente hoja de palma ó de plátano que anduviera por el suelo; partida de bueyes de carga, con destino á caminos más difíciles y escabrosos, lentos, pacienczudos, impertérritos al golpe y á la maldición, que tocaban el suelo con la hendida pezuña, como mano amiga que tienta un miembro herido, antes de asentar la planta, tranquilos, concienczudos y que miraban sin ver con ojos que nada dicen, como los de un poeta á caza de consonantes, ó los de un candidato lleno de esperanzas que apostrofa interiormente á un Parlamento y un público electrizados, hijos de su imaginación creadora; arrieros de cuyos labios desbordaban briosos cantos y horripilantes imprecaciones, que ya silbaban á sus animales, ya con ruego, con lisonjas ó con golpes los estimulaban en la marcha, levantando aquí una mula caída, enderezando allá una carga ladeada; cargadores humanos, de ambos sexos, que llevaban á cuestras bultos más grandes que ellos mismos, con pesadas piedras atadas encima para equilibrar el peso; jinetes en caballos de paso, que con gran chasquido de espuelas contra los estribos de cobre en forma de zapato, se deslizaban á través de aquel barullo; manadas de re-



ses para el mercado que se desviaban, y mezclándose con los bueyes y con las mulas de carga, producían gran confusión é increíbles maldiciones; y de esta suerte corrían las ondas de la vida, en tanto que don Marcelino discurría; esas ondas que podía oír, pero que ya no podía ver, que tan conocidas le eran, que habían pasado rumorosas ante sus ojos durante cuantos años cubrían sus recuerdos y más atrás, mucho más; como el río detrás de la casa que corría en medio del cañaveral, por debajo del puente, torciendo el curso al pie del peñón, que marcaba el linde de su heredad.

Su juventud había coincidido con el final de la lucha revolucionaria, que segregó el país de la metrópoli española. En aquel entonces andaban entre las gentes hombres famosos en las guerras; había en el aire olor á pólvora y relumbrar de sables. Hasta los más humildes, á cuyo número pertenecía él, se habían estremecido, con la promesa de libertad é independencia. Lo que estas cosas habrían de ser, y cómo ellas habrían de hacerlos felices, ni lo supieron entonces, ni llegaron á saberlo nunca; el estremecimiento venturoso pasó, pero la pólvora y el sable perduraron, más opresores, con el paso de los años.

Pero, así como los torrentes prosiguen su curso sobre terreno quebrado, la vida siguió el suyo entre disturbios y conmociones políticas. El placer le hizo señas, y él se fué en pos de él, como suelen hacerlo los hombres á los veinte años. La pobreza despiadada le seguía los pasos. Fué hacia esa época cuando le vino ayuda de donde menos podía esperarla.

Apasionado de las riñas de gallos, tenía siempre algunos animales de éstos atados á estacas por la pata en el patio de la casa, lanzando retos con su clarineo pertinaz á cuantos rivales pudieran oírles en los ámbitos cercanos.



Llegado el Domingo, día santo, consagrado á la misa por la mañana, y por la tarde al toreo si era posible, á las riñas de gallos y á la diversión y esparcimiento, ya que el placer es la mejor forma de descanso, y cada cual sabe dónde está el suyo, salía de casa con el gallo, luchador del día, cómodamente terciado en amplia faja tendida sobre el hombro, á las galleras vecinas en busca de contrincantes dignos de la espuela de su ave. La suerte le volvió la espalda. Cuando la miseria más le acosaba, el último gallo que le quedaba restableció su fortuna.

Como si hubiera sido adiestrado por ingenio humano, aquella ave sorprendente sabía luchar fingiendo golpes, parando los que se le asestaban y dando, llegado el momento, su golpe, siempre mortal. Cuando la fama de aquel gallo se hubo esparcido entre todos los iniciados, las apuestas se hicieron imposibles. Entonces, el ave, como si fuera un camaleón, cambió de color después de cada victoria. D. Marcelino, sabedor de que si se conociera la identidad del gallo, nadie apostaría, nunca quiso aprovecharse del disfraz, limitándose á alquilar los servicios del animal á individuos de conciencia menos escrupulosa.

Después de mantener á su amo en la holganza y en el goce de una conciencia tranquila, por cosa de dos años, como César y como Napoleón, aquel gallo también fué vencido.

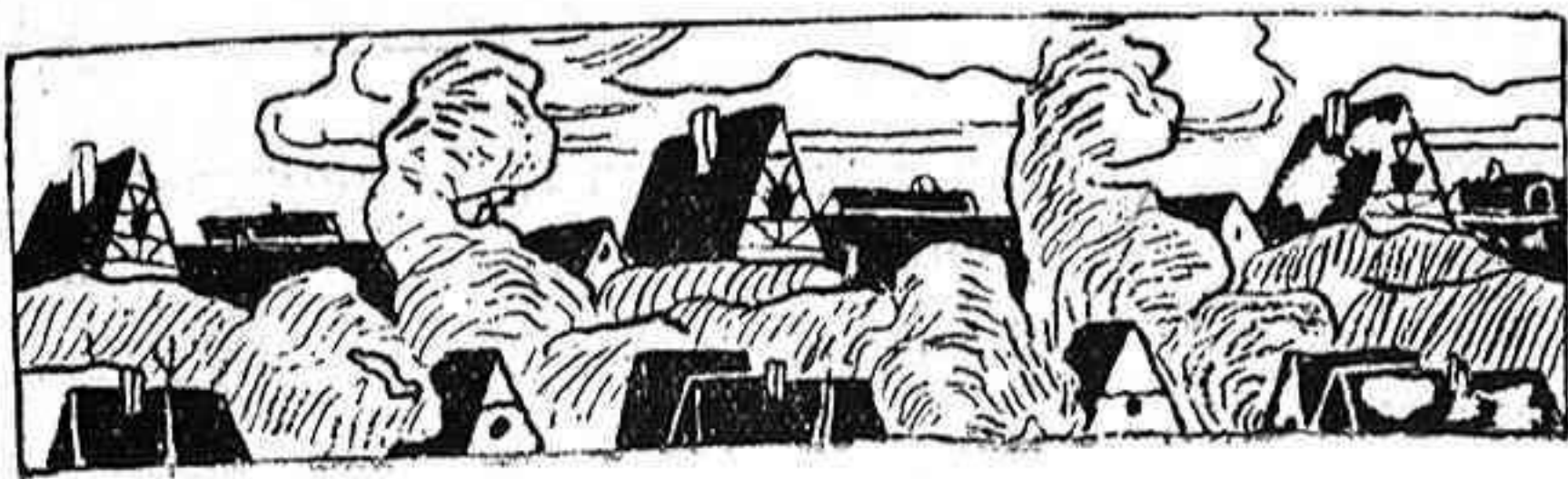
Los instintos atávicos de la raza salvaron á D. Marcelino; con dinero tomado en préstamo á subido interés compró las primeras fanegadas de esa tierra, á las que, en los últimos cincuenta años, tantas otras se habían agregado. Allí levantó su tienda y fundó su hogar. Esposa é hijos vinieron después á compartir su suerte. Empuñando la mancera tras el arado ó con el hacha ó la azada en la mano, viéronle los años voladores siempre incansable en el trabajo; termina-



da su labor, aguardaba en paz que se cumpliera la ley de la naturaleza.

Al despedirme, me guió hacia el portal de la entrada, caminando sin vacilar, con el paso firme del que tiene ojos que ven. En respuesta al asombro que le manifesté, resumió en estas palabras la historia de su vida y el secreto de su triunfo: «No hay sobre este suelo un terrón, que no se haya empapado con el sudor de mi frente.»





F. NAVARRO Y LEDES-  
MA ♦ ANGEL GANIVET

Voy á contaros, en las menos palabras que pueda una historia rara y maravillosa: la vida de un hombre bueno, de un hombre sabio, de un hombre humano, de un hombre libre. Voces más elocuentes que la mía loarán sus obras escritas, ensalzarán la grandeza de su pensamiento, reflejarán el aleteo de su inspiración y os dirán cómo si existe una España joven, robusta, pensadora, valiente y capaz de redimirse por los hechos y por las obras del espíritu, el alma de esa España debe identificarse con el alma de Angel Ganivet, el filósofo, el poeta, el patriota, el inmortal.

Yo, señores, fuí el amigo más íntimo de aquel grande hombre, y lo digo con la orgullosa humildad ó con la altiva modestia con que el pobre pegujalero de la Mancha, nuestro sabio amigo Sancho, cuando llegase á viejo y oyera hablar de su amo el caballero de los Leones, diría, llenándosele la boca de amargura y de lágrimas los ojos: — ¡Yo fuí su escudero!...— Obligación de piedad fraternal cumplo hoy hablándoos tanto cuanto la emoción me lo permita de aquél que al llamarme hermano suyo, me concedió la más alta honra que de hombre alguno pienso recibir. Yo ví de cerca nacer su alma grandiosa, la ví ensancharse,



crecer, tocar al cielo, perderse en la penumbra de lo desconocido, en aquella sombra de sombras que llamamos... no sé cómo, locura, insania, amencia, muerte.

Nueve años duró nuestra estrechísima convivencia, nuestra íntima comunión, que tengo la dicha de poder renovar á toda hora, pues casi siempre estuvimos separados por centenares de leguas, y nuestra comunicación fué epistolar, siendo las cartas que me escribió tan extensas, frecuentes y numerosas, que impresas formarían seis ó siete volúmenes, y reconstituirían á los ojos de los lectores el panorama de una existencia consagrada al recto pensar y al honrado sentir, de una existencia cuajada de bondad pura y compacta como tabla de mármol blanco, sin veta de egoismo ni de bajeza. La noble biografía, mejor diré, psicografía que en sus páginas trazó Ganivet, escribiendo al hilo del pensar, con la libertad de quien habla á una tumba, es deber mío publicarla, y no esperéis que cometa la profanación de intentar resumir en cuatro desmayadas cuartillas lo que debe ser leído en toda su integridad y con devoto y silencioso recogimiento. Tampoco sería posible, ni oportuno siquiera, querer hacer pasar por este ambiente, en pocos minutos, nueve años de vida fecundísima á cuya intensidad ningún otro hombre de estos tiempos últimos ha llegado. Acerca de estos grandes espíritus, que en sus obras se han entregado y ofrecido por completo á quien los leyere, como sucede con Miguel de Montaigne, con Angel Ganivet... y creo que con nadie más, no es factible escribir menos ni mejor de lo que escribieron ellos mismos, porque hombres de tan alto linaje y de tan gigantesca talla, sin querer, comunican su grandeza aun á los actos vulgares é íntimos de la vida y dan importancia y dignidad á cuanto palpan. Y así como, por ejemplo, en el divino poema homérico, Agamemnon, el augusto monarca despedaza una ternera sin perder ni un punto la nobleza mayestática



de su continente, de igual modo, en ocasión memorable, alguien que nos oye y yo vimos á nuestro inmortal amigo, el autor del *Idearium español*, cortar, aderezar y guisar con sus propias manos la carne que había comprado para el almuerzo... y hacer esto, que no había hecho nunca hasta entonces, con la misma nobleza, gracia y aplomo con que ya en aquella época adobaba y componía la prosa castellana, por él llevada al extremo de la jugosidad y de la vibración, Es decir, que para él no había pequeñeces y nimiedades... ó el mundo entero era una nimiedad. Era un hombre completo, como el pan bueno y sano: con su harina y su salvado y su acemite; todo era sustancioso en él, todo interesante.

Siendo así, bien se os alcanza lo difícil que es hacer en breves términos su biografía. Me contentaré, pues, con exponer desaliñadamente y sin orden lógico lo que se me vaya acordando para que tengáis de él una vaga idea.

Su figura y semblante... yo no sé cómo explicároslo. Sólo diré que la aventajada estatura, el imperio y prestancia del ademán, la gravedad benigna del gesto, la autoridad y proporción con que la cabeza, pequeña y bien redondeada, descollaba sobre los recios hombros y la absoluta naturalidad de todos sus andares, movimientos y posturas, imponían desde luego á quien le contemplaba por primera vez la firme convicción de que aquel hombre era un hombre único y señero, distinto y desligado en todo y por todo de los demás seres humanos: un eslabón roto de esta servil cadena que humanidad se llama: era más, mucho más que el vulgar *homo sapiens*, codeado y despreciado aquí y allá diariamente. Por eso alguien, haciéndose cargo de la extraña y profunda impresión que el mirar á Ganivet producía y de su calidad de tipo humano, ó superhumano de transición, dijo que parecía un antropoide gigantesco; y al decir eso daba á entender cómo era preciso colocarle más allá de los habituales



linderos zoológicos: y yo tengo la evidencia de que si se le hubiese medido el cráneo, aquella caja huesosa tan bellamente modelada hubiera ofrecido un índice cefálico pasmoso, porque la desproporción que notaba quien le confundió con un antropoide era una desproporción inversa, determinada por un ángulo facial del mayor interés. No creo desvariar afirmando que era mi amigo un extraño sér, precursor de razas futuras, en las que, por virtud de no sé qué misteriosas selecciones, llegarán á condensarse calidades y partes meramente humanas con otras de tipos zoológicos más antiguos y más fuertes. Así, bajo la frente unida, alta y serena, apenas combada, brillaban en su cara los ojos, unos ojos de corriente alternativa que cuando se lanzaban sobre persona ó cosa digna de atención, la aprehendían llenos de ansia, como aprehenden los ojos del león la codiciada presa: y cuando vagaban distraídos parecían los ojos píos y llenos de ternura sobrehumana que naturaleza dió á los bueyes, fieles amigos del hombre.

Rompía la armónica serenidad del rostro una mandíbula inferior que avanzaba con insolente prognatismo, destacando hacia fuera los labios carnosos, de reposada comisura. Aquella quijada saliente que mucho tiempo llevó acusada aún con mayor energía por espesa sotabarba á la marinera, daba al óvalo del semblante un aire de testarudez y un aspecto de rebeldía que resultaban no muy simpáticos para la gente de poco más ó menos, pero que preocupaban á los hombres reflexivos y que arrebatában á las mujeres, reflexivas ó no. Sobre unos y otras sin querer y sin darse cuenta, y sin hablar palabra, ejercía inexplicable é imperioso influjo, tal como debieron de ejercerle todos los precursores y todos los Mesías. Se le escuchaba sin que él impusiera silencio, se le seguía ciegamente sin que ni sus palabras ni su gesto convidaran á ello. Cuando viajaba por España, en el tren le ocurrió muchas veces que le tomaran por viajante



de comercio. El lo contaba riéndose de sí mismo, y añadía que no se explicaba por qué era esto. Y no se lo explicaba por innata modestia, pues lo que pasaba era que siendo él un hombre absolutamente natural y enteramente distinto de todos los demás de su tiempo y de su país, donde quiera que entrase ó estuviera, tren ó coche, posada ó calle, procedía con tal desembarazo é independencia, que sus libres, alegres y sueltos modales contrastaban al punto con la hidalga é hipócrita tiesura y la necia afectación de que los españoles solemos dar muestras en cuanto nos hallamos unos en presencia de otros. Entraba y estaba en el tren *como un viajante*, porque entraba y estaba sin preocupación, sin la solemnidad propia de quien ejecuta un acto desusado, pues desusado es en los españoles de hoy el viajar, sino con toda sencillez y seguridad. Y así se hallaba en todas partes como en su casa, porque quizás el mundo entero no era demasiado ancho para casa suya: y mostrándose en él una cualidad de que presumo estará dotado el hombre más perfecto del porvenir, se adaptaba sin dificultad alguna á todos los climas y se encontraba tan á sus anchas en Sevilla en el mes de Julio como junto al círculo polar ártico en el mes de Diciembre. Y lo que le acontecía con los climas le acontecía con el ambiente físico y con la situación moral, es decir, que nada le cogía de sorpresa, y así en toda ocasión obraba como era prudente, reuniendo la sagacidad y cautela de Ulises al ímpetu y decisión de Aquiles, pues como el varón de Itaca peregrinó Ganivet por remotas naciones y en ellas habló sin dificultad sus idiomas, aceptó sin repugnancia sus costumbres y hasta reflejó en su rostro tan singular adaptabilidad, al punto de que en Amberes, según retrato que poseo, tenía el aspecto plácido y la traza bonachona y pachorruda de un celoso burgomaestre, y al trasladarse desde la pacífica y semiboba tierra de Flandes hasta la apartada y rebelde Finlandia, país de conjuración y de



revuelta, adquirió su fisonomía no sé que expresión misteriosa, vaga y profética, ennobleciéndose y transfigurándose hasta llegar á una de las más espirituales bellezas que varón alguno haya alcanzado. Cuando vino á Madrid, de vuelta de Finlandia, en 1897, el cambio, mejor diré, el crecimiento de su personalidad había sido tan grande, que muchos no le reconocieron. Nada había ya en él de escoria humana. No andaba, ni hablaba, ni vivía como hombre. En la manera de responder, de fijarse, de marchar en una dirección, en la guisa y forma de reirse y de insinuarse advertíase ya (esto, claro está que lo notamos *a posteriori*) una completa disociación de su yo respecto del mundo entero y aun quizás respecto de sus propias sensaciones. El hombre había desaparecido, pero su alma proseguía lanzando en torno suyo los resplandores más vivos, como esos planetas tan lejanos que su luz sigue llegando hasta nosotros y alumbrándonos y haciéndonos exultar de alegría muchos años después que ellos han muerto. ¡Oh, sí, muerto estaba ya entonces él, porque su cerebro, que madrugaba para despertar á su pluma, ya tenía pensado y hecho el libro incomparable de *Los trabajos de Pío Cid*, y hasta tenía trazado su testamento en la tragedia mística *El escultor de su alma*: porque siempre tuvo y en repetidas ocasiones indicó, sin que yo, torpe y ciego de mí! le hiciera caso; el propósito de morirse CUANDO QUISIERA, y al personificarse él mismo en el conquistador Pío Cid, tuvo buen cuidado de tomar el nombre simbólico de ARIMI *el de la muerte misteriosa*, porque su pensamiento llevaba á su vida real lo menos tres años de ventaja; y ya en los últimos días de su existencia, cuando su verdadero yo andaba huyéndole, y la disociación, ¡caso terrible y cruel!, se convertía en enajenación completa, aprovechaba los pocos momentos que le quedaron de hallarse en posesión de sí mismo para escribir una página que cual depósito sagrado conservo, y en la que se ven, como



á luz de relámpagos, los abismos del porvenir oscuro de la humanidad, en reducido Apocalipsis, á trechos confuso é indescifrable, á ranchos lógico y claro con baconiana clareza.

Pero ya que he hablado de su rostro y figura mortal, debo decir algo de su patria y padres, de su vida exterior y de sus hechos.

Nacido en Granada, ó como él decía, «espíritu destructor salido de las cuencas diluviales del Dauro», vano fuera que buscásemos antecedentes psicológicos ni etnográficos en relación con su nacimiento. El nombre de Ganivet, que en catalán, provenzal, valenciano y castellano de las Partidas significa *cuchillo*, nos dice su origen por la línea paterna: los ascendientes eran de la fortísima casta catalana-pirenaica, del lado de allá de los Pirineos.

*Yo soy catalán candongo,  
ingerto en godo silingo...*

me decía en unos preciosísimos versos que me escribió justificando las temporadas de pereza ó letargo en que *no hacía nada* más que dejar crecer su pensamiento. Pero la candonguería que él trataba de disculpar no era sino esa calma reflexiva y meditabunda que es la mejor cualidad de los hombres del Pirineo: el silencioso esperar del cazador de gamuzas, tan contrario al desenfreno y desmandado alboroto que hoy algunos, pocos por fortuna, piensan ser carácter de aquella gente. De la misma raza provenía la naturalidad de Ganivet, su llaneza y simplicidad infantil y una fogosidad interna que raras veces se manifestaba, pero que al romper hacia afuera les parecía extravagante á los hipócritas y á los novicios en el arte de respirar aire libre.

Por parte de la madre, nos encontramos con un apellido casi puramente granadino y de rancio abolengo, *Siles*, y con otro que trasciende á castellano ricohombre, *García de Lara*. Lo castellano que en Ganivet había era tanto y tan bueno, que lo mejor



de Castilla, el alma calenturienta de los místicos y el ardiente espíritu de los conquistadores parece haber prolongado las raíces vivas de su tronco muerto al través de un terreno tan fértil y sustancioso como el suyo, y haber encarnado en aquel verbo, el más castizo, sano, oreado y multiforme que se escribió en el siglo XIX: porque tan español era, tan castellano de raza y de solar... que no pudo vivir en España, en esta España derrotada, desfigurada y contrahecha, y para mejor hablar y escribir su grandioso idioma, aprendió con prodigiosa facilidad el griego, el latín, el sanscrito, el árabe, el francés, el inglés, el italiano, el alemán, el sueco y el ruso, como el gran señor que reúne piedras preciosas de todos colores y clases para estimar y avalorar en más los brillantes que adora, pule y acaricia: y para mejor amar á la patria sin-ventura, vivió lejos de ella, horro de sus miserias y pequeñeces cotidianas, comprendiendo que lo grandioso no es amable sino contemplado de lejos, é iniciando con sus viajes y peregrinaciones esa provechosa disciplina que todos los países siguen, menos el nuestro, de conocer lo de fuera para apreciar mejor lo de casa. Por eso Ganivet, como el ingenioso hidalgo manchego, era optimista en el camino y pesimista en la posada: concebía siempre las más risueñas esperanzas al marchar, venía lleno de venturosas ilusiones al volver, y sólo al hacer asiento y morar en la casa que veía próxima á desmoronarse, caía alguna vez en triste modorra, de la que muy luego se despabilaba, no vayáis á creer que encontrándolo todo bien como Pangloss, el optimista por egoísmo y cobardía, sino como... como él solo, por generosidad y anchura de ánimo, por ese contentamiento interior, por esa robusta alegría que heredó de su ilustre paisano y maestro Fray Luis, á quien causaba tan grande regocijo el ver trabajar á una araña como el contemplar el concorde movimiento de todos los astros del sistema solar.



En fin, de la rama granadina, por el apellido Siles declarada, tuvo principalmente dos cosas: la gracia urbana y elegante en el decir, hija de la poética decadencia de los últimos árabes españoles, con cuyo refinamiento y pulidez apenas si podrían soñar los prosaicos decadentistas bulevarderos; y el amor al agua, amor que si en todo granadino es pasión desenfrenada, en Ganivet era entusiasmo reflexivo, pindárico.—Todo esto—solía pensar contemplando el panorama que ante los bermejos torreones de la Alhambra se extiende,—todo esto lo ha hecho el agua. El seguir las subterráneas venas de las escondidas fuentes y los ignorados cursos de los ríos pequeños, era, en su opinión, una de las ocupaciones más juiciosas y dignas en que debía emplearse el hombre. El sistema de riegos de Mesina-Bombarón, en la Alpujarra, le parecía cosa mucho más sólida é importante que todos los sistemas filosóficos, y contad que él los conocía todos. Cifraba su felicidad en sentarse junto á una *fontana pura*, como el otro Fray Luis, ya fuese la famosa fuente del Avellano, cuya sonora linfa cantará el nombre de Ganivet por los siglos de los siglos, ya fuese la *f fuente grande* de Alfacar, que él mismo, después de haber recorrido toda Europa, proclamaba *sin rival en el mundo*. Y para que hasta en sus inclinaciones inconscientes hubiera algo de predestinación misteriosa, él que amaba al agua más que ninguna otra cosa del mundo, en el agua murió, en el agua del caudaloso Duina, triste y helada.

Referiros interesantes pormenores de su vida, que duró sólo treinta y tres, como la de Cristo, como la de Garcilaso de la Vega, sería no acabar nunca. Lo menos importante será lo que digan los biógrafos probablemente: que Ganivet fué abogado y doctor en Filosofía y Letras, habiendo sido calificado como sobresaliente en todos los exámenes y grados; que fué, por oposición, archivero bibliotecario, y después ingresó, con el número uno, en la carrera consular,



desempeñando cargos primero en Amberes, después en Helsingfors, en Finlandia y por último en Riga, donde murió. Todo esto no importa gran cosa ni á él mismo le interesaba. Algo más curioso es el empeño que tuvo en ser catedrático de griego. Memorables fueron aquellas oposiciones en que Ganivet, que había empleado unos cuantos días (á veinte no llegaron) en la preparación, tuvo que luchar con un buen hombre que se había aprendido de memoria la *Iliada*, la *Odisea* y casi todos los poetas griegos en Barcelona, dedicando á esta faena ocho ó diez años con jornada de más de ochó horas y sin descanso dominical. Claro está que el barcelonés, persona respetabilísima por otra parte, fué quien se llevó la cátedra. Y Ganivet decía:—La verdad es que no sabe el favor que me ha hecho, porque ¿cómo será posible amar á Homero teniendo que analizarle y traducirle á diario en clase? Tanto valdría estar casado con la Venus de Milo.—Y luego añadía:—¿Qué cara pondría una mujer un poco lista y espiritual que después de haberse enamorado románticamente de un hombre, y en un momento de expansión y deliquio llegase á averiguar que el objeto de sus ansias era un señor profesor de lengua griega?...

Porque á él, del mundo lo que más le preocupaba, sin duda, eran las mujeres. No sé yo cómo entrar en esta parte, la más interesante de su vida íntima, pero tan recatada y misteriosa que hubo en ella un secreto, el único secreto que me celó á mí y que fué la principal causa de la tremenda crisis que le llevó á la tumba.

Pero, en fin, diré que de la humanidad, las mujeres era lo que le parecía digno de atención. Respecto de los hombres le desengañó por completo el trato con algunos ejemplares escogidos, ya con un famoso abogado y hombre político, en cuyo bufete estuvo oscurecido algunos meses (¡tal perspicacia poseía y posee ese distinguido exministro y remendón de fracciones políticas desgarradas!); ya otro político y filósofo más



afamado aún á quien la potente originalidad de Ganivet, manifestada en un trabajo escrito, perturbó y trastornó de tal manera que, siendo ese ilustre varón por naturaleza y por oficio templado y tolerante hasta la afectación más empalagosa, al confrontarse con mi amigo, vimos surgir en sus ojos llameantes no sé qué reflejos de las pupilas de Torquemada, cuyo resplandor aún no se ha apagado y se ve aparecer como fuego fatuo, ora en ojos del púlpito, ora en ojos del Congreso. Ni los apóstoles oficiales de la tolerancia, ni los ministriles de la política de callejuela podían entenderse con un hombre como Ganivet, en quien cada sensación de las que inadvierten ó menosprecian esos señorones provocaba series y mundos de ideas jamás concebidas y de raciocinios jamás coordinados. No éra posible que hombres zambullidos en fangales viejos de convencionalismos seculares y amarrados de por vida á toda la mentirología politiquera, se aviniesen á conceder la beligerancia á un hombre natural como aquél que, después de una larga temporada madrileña de oficinismo, Ateneo, oposiciones é incumbencias de tejas abajo, total, de lucha estúpida, insalubre y mezquina, al llegar al campo una hermosa mañana de Abril, sintió tan formidable alegría repartírsele por todo el sér que, lanzando salvajes gritos, se arrojó de bruces contra la tierra madre ¡y comió hierba!

No eran, no, los hombres quienes habían de comprender y amar á un hombre tan hombre. Comprendíanle y amábanle y seguíanle las mujeres, con aquel instinto sublime con que otras mujeres de otros tiempos siguieron al Redentor y le acompañaron hasta al pie de la cruz. Sobre ellas ejercía la seducción involuntaria, la extraña sugestión que no se explica ni se define. Y apartando otros muchos casos que el respeto me veda referir, os contaré que una tarde, allá por los calvos desmontes que hay entre la Plaza de Toros y el Este, se encontró á dos bellas mujeres que estaban solas comiendo naranjas y pan. Acercóseles

9  
9  
8  
190  
8  
9  
9  
8



y mirando gravemente á la que representaba más autoridad, aunque ambas eran jóvenes y de honesto parecer, la dijo:—Usted es de Granada.—La moza le miró fijamente, y dijo con un poco de asombro y sorpresa:—Sí, señor.—Y él, entonces, rápido, replicó:—Y de Loja. — Con lo que el pasmo de ambas creció, porque, en efecto, de Loja eran. Y las dos mujeres quedáronse largo rato embebecidas y aleladas mirándole y oyéndole, y aun cuando lo que las dijo era cosa enteramente metafísica y no menos alquitarada y espiritual que lo que le dijo á Platón Diótima, la forastera de Mantinea, ellas lo comprendieron todo, y cuando acabó de hablar, yo os aseguro que ambas estaban enamoradas de él. Cuando se despidió, bien á pesar de ellas, le preguntaron en qué les había conocido el pueblo, y con sencillez socrática respondió:—Que era usted de Loja, lo conocí en el acento con que me contestó:—Sí, señor...—Y que era de Granada, en la manera de partir el pan.

Otros casos de sugestión en mujeres de más alto linaje vienen referidos en la novela de *Los trabajos de Pío Cid*, en la que lo real se mezcla tanto con lo imaginado, que yo mismo no puedo separar lo uno de lo otro. Y todos ellos se explican por el conocido hecho de que para buscar el filón puro é inagotable del amor humano, sólo sirven mineros y exploradores con faldas.

Pero si á los demás ó á las demás sugestionaba con tanta frecuencia, claro está que él mismo no se veía libre de la autosugestión, tan propia de los grandes artistas, como Flaubert, por no citar otros ejemplos; y así, cuando escribió su fundamental novela filosófico-política *La conquista del reino de Maya*, para la cual se preparó con larguísimos estudios africanófilos, llegando á aprender el dialecto *bantú* que hablan los negros del Uganda, del Unyamuezi y del Ugogo, decía que no sólo al conocer ese rudimento de lenguaje había logrado estrechar y comprimir sus ideas hasta meterlas en los cauces angostos del cerebro de un



negro semisalvaje, sino que pasó más de un mes en cama, víctima de todos los fenómenos que acompañan á esa enfermedad casi desconocida que los exploradores y los misioneros designan con el vago nombre de *fiebre africana*.

Noto que es hora de terminar este desmañado relato. Mucho siento que mi torpeza y la inexplicable angustia con que he escrito estas cuartillas sean causa de que os hayáis quedado sin saber quién era Angel Ganivet. Por fortuna, yo os aseguro que lo mejor de su vida y de su alma está en sus obras impresas y en las que prometo solemnemente publicar cuando pase algún tiempo.

Dos días antes de morir, el 27 de Noviembre de 1898, cuando ya estaba lleno del propósito de la muerte, dejó en casa de su amigo, el barón Brück, noble sueco residente en Riga, un pliego dirigido á mí, que es un verdadero testamento, pues en él dice: «Por si esta declaración fuese necesaria, hago aquí el resumen de mis ideas y de mis deberes.» Lo que á estas solemnes palabras, que me helaron los huesos, sigue, no me atrevo á leerlo en público. Son cosas hondas, arcanos, adivinaciones y presentimientos en que solamente un cerebro miope verá súbito desvarío y no prosecución lógica de una idea que pasa las lindes de lo concebido, de un pensar que supera á los eunucos, inanes y mendicantes pensares ordinarios. Pero si de las seis proposiciones primeras, en que se muestra su cerebro luminoso con la acariciadora luz del sol que se pone, no quiero ni puedo leer nada, os leeré, para concluir, la séptima, en que aparece palpitante y sangrando su corazón, el más honrado y generoso que he conocido. Dice nada más que esto: «No recuerdo haber hecho mal á nadie, ni siquiera en pensamiento; si hubiera hecho algún mal, pido perdón».

Yo os juro que esta es la verdad, y á mi vez os pido que me perdonéis, ya que habéis tenido la condescendencia de oirme.





◆ ◆ RAMON PÉREZ DE  
AYALA ◆ ◆ ◆ ALMAS  
PARALITICAS ◆ ◆ ◆

Estos seres inanimados, de la industria, á los cuales dudaba Platón si correspondía una idea, eran para Bonis como almas paralíticas que oían, sentían, entendían... pero no podían contestar ni por señas.

Y sin embargo, aquella noche solemne..... le pareció que todo aquello le sonreía con su frescura y con su aspecto de íntima familiaridad.

CLARÍN. (Su Único Hijo.)

I

*Y cuando atardecía, ví mi casa de campo,  
ya cerca, que albeaba cándida, como un ampo  
de nieve en el verdor umbrátil del paisaje;  
aguardándome, como á la vuelta de un viaje  
un amigo fiel.*

II

*Hay cosas inanimadas  
donde hemos vivido horas felices, sosegadas,  
que al mirarnos cubiertos con sayal de amarguras  
ánimanse de pronto, toman gestos, posturas  
dolientes, y nos muestran tan protector cariño  
que parecen sirvientes viejos cuando uno es niño.  
Y las casas son las más dulces criaturas,  
porque tienen espíritu tolerante, de abuela,  
porque saben secretos de muchos corazones,  
y al acudir á ellas en las tribulaciones  
hablan con una voz tácita que consuela.*



## III

*¡Cuántas, cuántas ideas surgieron en mi mente,  
cruelles, dolorosas, al verme frente á frente  
de mi casa!*

*Hace un año que esta pobre aldeana  
me espera, día por día. Yo, marché una mañana  
de otoño, y en mi pecho llevaba primavera.  
Ya lejos, volví el rostro. Había una ventana,  
igual que una pupila, mirando lastimera.  
Mi madre al verla dijo:—Será la vez postrera  
que me mire—Reí yo, para consolarla.  
Pero, esta pobre vieja ya no ha vuelto á mirarla.  
Y ahora, á mí, triste huérfano, de hito en hito me mira,  
con ese amor solícito que conoce la abuela,  
para mimar al nieto.*

*—¡Aunque ves que suspira  
mi pecho, abuela, mírame! Tu mirar me consuela:  
y yo, entiendo las cosas que mirándome dices,  
porque sé que en tu alma se cobijan latentes,  
para endulzar las lágrimas de las horas presentes,  
las visiones pretéritas de los días felices.*

*En el hueco profundo de sus negras pupilas,  
al espejar los vidrios el ocaso distante,  
tienen acueos destellos, en un tremor brillante;  
y parece, que lágrimas van rodando, tranquilas.*

*A lo lejos sollozan temblando las esquilas  
de las vacas, que inundan la tarde de tristeza  
resignada. La paz de la naturaleza  
se ha asomado á mi espíritu, y mi dolor mitiga.  
Yo pienso que llamándome está la casa amiga.*

## IV

*Al entrar, el emparrado  
que extiende sus brazos trémulo  
á lo largo del dintel  
granítico y plateresco,  
con sus cien lenguas que hablan  
por lo bajo con el viento,  
parece que me saluda  
afable, yo hacia él me vuelvo  
y le digo:—Buenas tardes,  
buenas tardes mi buen viejo.—  
Y él solloza, se estremece*



*de amor y agradecimiento;  
y, con su tronco rugoso  
que temblequea decrepito,  
es un valetudinario  
campesino, picaresco,  
de esos que saben historias  
antiguas, antiguos cuentos,  
y acarician la cabeza  
juguetona de los nietos,  
arrimados á la lumbre  
en las veladas de invierno.*

## V

*Del zaguán en los huecos que hay entre losa y losa,  
há nacido esa hierba maldita, venenosa,  
que hay también en los muros tristes del cementerio:  
esa hierba que dice abandono, misterio,  
que cubre los jardines que ya nadie visita:  
hierba más melancólica que una rosa marchita.*

*Yo traigo el alma llena de esa hierba maldita,  
ha brotado lozana en forma de rencores  
y perfila las losas de mis muertos amores.*

## VI

*Al volver á una casa cerrada en nuestra ausencia  
se evoca el raudo curso de la humana existencia,  
que corre hacia la muerte sin detenerse nunca  
en los dulces remansos del goce apetecido.  
Ved la mansión: en ella, de los días se trunca  
la cadena infinita; el tiempo se ha dormido;  
ha hecho un alto en la hora de nuestra despedida.  
La casa es una roca que el río de la vida  
ha dejado atrás en su rápida corriente.  
¡Oh, el palacio encantado de la bella durmiente!*

*Recátanse las cosas en espesa penumbra;  
entre velos dudosos, á veces, se columbra  
un mueble; se diría pocos momentos antes  
abandonado. Están hundidas las almohadas,  
cual si durmiese alguno hace breves instantes.  
Aún flota en el ambiente un ruido de pisadas.  
Sobre la mesa arcáica unas copas vacías,  
y libros entreabiertos junto á la biblioteca.*



*Penas, dolores viejos, viejas melancolías:  
¿un año ha sido un sueño?*

*Hay una rosa seca,  
y se extiende un aliento de humedad, de frescura,  
de cosa muerta, cual si de una sepultura  
fuera brotando.*

## VII

*Tienen estas mansiones viejas  
alma anciana, que sabe olvidadas consejas  
infanzonas. Recuerdo una buena sirvienta,  
cuya voz senil, cuando yo era un adolescente,  
en la penumbra vespertina de la estancia,  
á mi oído vertía una leyenda rancia,  
de mis abuelos: tornábase su faz adusta,  
y en el recinto muerto, su siniestra vetusta  
de caduquez, trazaba con los dedos temblones  
el escudo sembrado de heráldicos blasones,  
que en granito está, bajo el alero, esculpido.  
—Ahora en él dos palomas han colgado su nido.—*

## VIII

*Esta casa de campo es una viejecita,  
que me envuelve en su encanto maternal y musita  
á mi oído consejos, y en su actitud anciana  
la blancura del muro es noble nieve cana.*

## IX

*«Cada mansión respira un peculiar aliento  
que es su voz muda:» á solas en mi casa he pensado;  
y, mi espíritu ungido de aromas del pasado,  
gustó en sus paladares recónditos, con lento  
saborear, añejos vinos y antiguas mieles  
que había en las bodegas del alma, en los toneles  
de la memoria.*

*Aspiro de aquel viejo convento,  
en cuyos claustros duermen mis risas infantiles,  
los aromas caducos, como alientos seniles,  
de muerte y paz. Cerrando los ojos aún lo siento:  
ese olor á pobreza de las santas mansiones,  
poblado de inefables, dulces insinuaciones.*

*Perdido en la aridez de un castellano yermo  
nuestro convento erguíase ensoñador y adusto,*



*con la serena y mística idealidad de un justo  
que al cielo mira, viéndose desvalido y enfermo:  
pues volaban los éxtasis, los divinos anhelos  
por el azul y diáfano pabellón de los cielos.  
Aquí, en la triste Asturias, la bóveda plomiza  
parece que nos muestra á Dios hecho ceniza.  
¡Oh, vetusto convento! aún guardo en mis entrañas  
tu aliento, voz de músicas extrañas,  
fragante y rumoroso como órgano de cañas  
que hace cantar el río con su mansa corriente.*

*La voz de otro convento, el que habitó mi hermana,  
era una voz gemela, pero, más transparente,  
más femenina, más amable, más humana.  
¡Cuanto soñé embriagándome con esencias propicias  
al amor apacible y á las tiernas caricias,  
que exhalaba aquel oratorio de novicias  
una tarde de Mayo!*

*En esta vieja estancia  
diríase que para aliviar mis dolores  
todas las primaveras vierten todas sus flores,  
y me inundan el pecho de una tibia fragancia  
que ahoga con su hálito casi visible, denso.  
Parece que en el aire flota un olor á incienso.  
Juraría que escucho cómo fluye sonoro  
el canto de una monja que salmodia en el coro.*

## X

*Hay algunas mansiones, iglesias y conventos  
que forman con sus propios, peculiares alientos  
una gamma sinfónica de olores definidos,  
una escala de enteros tonos no parecidos,  
como un iris de aroma sin fusión, velaturas  
ni matices.*

*Pero hay casas silenciosas, oscuras,  
discretas; esas casas, que parecen iguales,  
que recatan su alma bajo pudores tales  
que pudiera decirse pudores virginales,  
y para conocer sus secretas inquietudes,  
sus quejas misteriosas, sus ocultas virtudes,  
hay que ser tan psicólogo, tan paternal y suave,  
como un confesor viejo, un confesor que sabe  
adivinar escrúpulos de una esposa de Cristo.  
El poeta de Brujas, Rodenbach, las ha visto  
asociando su vida á la de él, enfermiça;*



*ha visto el bouquet pálido que en la sombra agoniza,  
el ensueño florido que hay en las muselinas  
y ha escuchado el silencio en halos de sordinas.*

## XI

*Hay mansiones modestas y de aspecto humilde,  
que no han sabido nunca de alborotadas fiestas.  
El corazón que tienen estas casas modestas  
es apacible, es bueno, de amor y de reposo.  
Cuando, á veces, visito esas dulces moradas,  
muy limpias, sin adornos, sin lujos, ordenadas,  
con sus muebles de yute, su piano aún abierto,  
y sus fotografías de rientes señores,  
cual si viese á una hermana feliz, escucho cierto  
rumor fragante, tenue, como un brotar de flores:  
y es el aliento de esas casas tan humildosas,  
donde la vida corre sobre un cauce de rosas;  
de esas casas, que siempre se despiertan temprano  
y saludan al día con la voz del piano;  
casas, que al visitante le infunden un respeto  
amante, porque en cada mueble sueña un secreto.*

*Pobre de aquel que busque la liviana apariencia  
para estudiar el alma de estas casas sencillas:  
se recatan, se ocultan, igual que florecillas,  
y siguiendo el aroma se da con su existencia.  
Son como los lejanos recuerdos de la infancia,  
que cada cual exhala su peculiar fragancia.*

## XII

*Por el hueco espacioso de la abierta ventana  
penetran los efluvios de la noche aldeana  
en un vaho caliente, amoroso, fecundo;  
aliento que respira adormilado el mundo.  
Todo yace en reposo ajeno de inquietudes.  
Los árboles cansados dan paz á sus laudes  
verdes, que entonar saben un rumoroso coro.  
En los azules campos el celestial aprisco  
de las estrellas luce su vellocino de oro,  
y el pastor, de la luna hace girar el disco.  
Algunos sapos tañen su flauta cristalina  
en notas melodiosas que fluyen una á una....  
¿Quién eres, Pastor Santo, que con mano divina  
elevas dulcemente el disco de la luna*



*y sobre el campo viertes azul y misteriosa  
la luz que de ese círculo argentino rebosa?  
¿Qué virtud rara ocultas, ¡oh, luz de terciopelo!  
que bajo ti mis carnes se han convertido en cielo  
y hasta el fondo del alma, llena de majestad,  
llegas, cual si cruzaras una diafanidad,  
á besarme, endulzando mi triste soledad?*

*Todo en mí se disgrega, todo en mí se evapora  
con tu luz adorada que hace temer la aurora,  
y la cárcel del cuerpo dijérase una nube  
que en tu escala de seda hasta los cielos sube.*

*Cuánto amor siento ¡excelsa luna, divina luna!  
al mirar; que mi alma, turbulenta laguna,  
quebrando con sus giros tu pupila serena  
parece el mar en una noche de luna llena;  
que en los áridos yermos que la sirven de orilla  
va germinando una impetuosa semilla;  
que las flores enfermas en el pecho vacío  
se hiergnen, poco á poco, cubiertas de rocío;  
y que mis ojos tristes y secos manantiales  
van brotando de nuevo en ardientes raudales.*

*En la paz campesina una voz aldeana  
entona un canto lleno de tristeza lejana.*

*«Si la nieve resbala por el sendero  
ya no veré á la niña que yo más quiero.  
¡Ay amor!*

*Si la nieve resbala ¿qué haré yo?»  
Algún mozo que canta cortejando á su moza;  
Su canción en la calma nocturna solloza.*

NOREÑA. ASTURIAS. JULIO DE 1903.





MAURICIO LOPEZ-RO-  
BERTS. EL PORVENIR  
DE PACO TUDELA

IX

A ser otros los tiempos, doña Irene no hubiese dejado de oponerse de nuevo á los proyectos literarios de Paco. Pero transigiendo en lo menos, cuando ganaba en lo más, dejó en paz á su hijo, si bien haciéndole comprender con veladas alusiones el favor que le hacía. De tal modo conseguía la taimada señora dos objetos: distraer el ánimo de Paco con emociones que le alejarían aún más de Castita, y forjar con aquella benevolencia suya un arma para el caso de recriminaciones y quejas.

Mientras su mamá meditaba en estas cosas, Paco escribía en la mesa del comedor, tachando y corrigiendo. Aquí añadía una exclamación, más allá arrancaba de raíz una serie de insultos, luego subrayaba una frase irónica y mordaz, ó indicaba un movimiento, un gesto. Y así, poco á poco, los personajes vivían y Paco contemplábalos moverse, gritar, gemir en una existencia ficticia, en un mundo lejano y próximo á la vez.

Carmen, la esposa ingenua, toda ternura y bondad; Alberto, el marido traidor, espíritu inconstante, al



que llevan y traen las fuerzas de la vida; D. Pío, el anciano amigo de Carmen, filósofo desengañado que ve el mal por todas partes y que acierta siempre; Ernestina, el alma negra, *La Sierpe* mordedora que mata á quien la salvó; los amigos, los criados, todos bullían en el cerebro de Paco.

La confianza del autor en su obra crecía conforme la contemplaba casi concluída, y los elogios de los amigos á quienes la leyera aumentaron su satisfacción. En el Ateneo se hablaba del drama. Algunos compañeros de Paco *hacían atmósfera*, y el círculo de amigos que Tudela frecuentaba ocupábase de *La Sierpe* y de su autor con halagadora é inusitada frecuencia. El interés llegó al colmo cuando se supo que el drama estaba admitido en el Artístico y hecho ya el reparto de papeles. Pronto empezarían los ensayos.

—Lo que es suerte como la del tal Tudelita, no se ha visto nunca,—dijo entre admirativo y envidioso uno del grupo.—Mire usted que representar ese drama, cuando hay tantos otros de autores ya hechos, que se apolillan sin que nadie les diga nada. ¡Cáscaras, qué país!

—Hombre—contestó Torresano, quien á fuer de protector de Paco, considerábase aludido siempre que del drama se trataba,—*La Sierpe* es una obra llena de vigor. Los personajes viven, no son maniqués, el lenguaje es fácil, las imágenes bellísimas, las situaciones muy acertadas.

—Vamos, que no será tanto,—dudó otro. Siempre se exagera... Al oírte piensa uno en Calderón. De fijo que cuando se estrenó *La vida es sueño*, no dijeron más los críticos de entonces, si los había.

—En fin, ya veréis, ya veréis—dijo Félix sin querer discutir.—El reparto—siguió—es magnífico. Delfina Olmo hace el papel de Carmen...

—La Olmo...—interrumpió Mosete.—Pchs, qué sé yo... No me parece á propósito para... Es demasiado mimosa.

—Mira, chico, la Olmo es una gran mujer,—afirmó uno de aquellos preclaros mancebos.

—Eso está bien para las cajas de cerillas, pero en el teatro se exige algo más que belleza, y la Olmo...

—Pues yo creo que Delfina lo hará muy bien—dijo Torresano dándose cierta importancia y repitiendo el nombre de pila de la actriz varias veces, como persona muy amiga suya.—Delfina tiene mucho talento,



á más de ser guapa. Yo se lo digo muchas veces: ¡Ay Delfina, Delfina, si no tuviese usted esos ojos tan hermosos sería usted la primera actriz de España.

—Bueno. Deja á la Olmo en paz—repuso un contertulio algo cargado por aquellas señales de amistad con la cómica, — y dinos quienes son los encargados de los otros papeles.

—Espejer hará el Alberto. Está entusiasmado; dice que es el mejor papel que le han repartido en su vida. La Malta será la Marquesa vieja, ese tipo tan pintoresco y tan nuevo de la eterna convidada...

—Ya, ya, qué nuevo; Tudela rompe los moldes—mordieron dos ó tres voces.

—María Luisa Barceló, es Ernestina; también está encantada con su papel. Morales, se encarga del don Pío; Gómez Fernández, del criado trapisondista, y la... ¿cómo se llama? La..., esa que se parece á la... ¿Pero no caéis? Una que ha tenido una porción de líos.

—La Ferrándiz, Carlota Ferrándiz—contestaron varios á un tiempo.

—Justo; la Ferrándiz hace de doncella.

—Pues yo—concluyó uno, levantándose,—por mucho que me lo digan, no puedo creer en la bondad del tal drama. Seguramente será un adefesio.

Una mampara se abrió, y tras ella aparecieron Paco y López Honesto. El que había hablado se acercó á Tudela, y, abrazándole, le dijo efusivamente:

—¡Cuánto siento marcharme! De todas maneras, ahí va un abrazo. Que sea enhorabuena, Paquito. No sabes cuánto me alegro. Cuenta con estas manos para aplaudir esa maravilla, que por tal la tengo.

—Paco dió las gracias, todo conmovido, mientras los otros coreaban aquellos plácemes.

—¡Mil enhorabuenas! Amigo Tudela, ya sabe usted que considero su triunfo como mío.

—Chico has nacido de pie.

—Este Tudelita tiene más suerte...

A pesar de su escaso valor, aquellas lisonjas halagaban mucho al joven. Eran las primeras auras gloriosas, las más apetecibles acaso, y Paco las aspiraba con deleite, viéndose separado por ellas de la humanidad vulgar. Respondió con modestia á los parabienes. Muy amables todos. Muy cariñosos; hacían bien en animarle, pues temía muchísimo un fracaso.

A tales frases respondieron los generosos jóvenes con otras calurosísimas.



—¡Qué fracaso ni qué niño muerto! *La Sierpe* era obra que se imponía. Y si el *gran* público, que, como es sabido, se compone de imbéciles, chistaba, allí estaban ellos, los amigos de Paco, para ahogar entre palmadas cualquier manifestación desagradable y seguramente injusta. Así Tudela no debía temer. El drama triunfaría; ya lo creo que triunfaría.

— La verdad es que no puedo quejarme — se decía Paco un poco más tarde y camino de su casa.— Todo marcha á pedir de boca, todo se arregla á gusto mío. ¡Qué bien estará la Olmo en el tercer acto! Qué buenos amigos tengo; todos son á felicitarme y á desearme triunfos.

Sus pensamientos se fijaban en mil preocupaciones nuevas, los cortes, las supresiones, la actitud de la Barceló, el gesto de Morales, la soñolienta indiferencia con que la Malta escuchó su papel, la amabilidad del empresario, la colocación de muebles, el efecto de una decoración y todos aquellos elementos extraños á la antigua vida de Paco entraban impetuosos en su existencia actual y caían sobre el recuerdo de Castita, esfumándolo, como una gasa enturbia el rostro de un retrato.

Aunque no desaparecía en absoluto, la imagen de la niña de Muchamiel, tan tranquila, tan dulce, tan sumisa á su suerte, perdía fuerza, vista á través de los nuevos cuidados que asediaban á Paco, y la realidad de su remembranza se evaporaba y desvanecía. Los detalles huían; sólo quedaban las líneas generales. Un día Paco olvidaba un gracioso mohín, otro un gesto, una mirada, y tras los velos tenues y numerosos, el rostro amado sonreía con la imprecisión y vaguedad con que nos sonríen, entre las tinieblas del tiempo, las efigies de los muertos queridos.

De vez en vez, un incidente cualquiera sacudía la voluntad de Paco y despertaba aquel afecto adormecido. Entonces vigorizábase la silueta de Castita, crecía la pena por no verla; pero pronto caían más cenizas sobre aquel fuego, y Castita se imprecisaba otra vez, convirtiéndose de imagen viva que movía el ánimo de Tudela hacia un amor fuerte y sano, en apariencia vaga y flotante que sólo pedía un recuerdo enternecido, agradablemente conmovedor.

Paco amargábase con aquellas hieles á falta de otras, la miel sabrosa de las primeras lisonjas, y aun había momentos en los que, con notoria injusticia, se



juzgaba muy desgraciado. Así sucedió una tarde de Enero, lluviosa y triste.

Andaba el muchacho muy campante camino del teatro para asistir al ensayo, pensando en unos cortes y supresiones que Espejer le había propuesto la noche antes. Cruzaba la plaza de Santo Domingo abismado en aquellas ideas, cuando una ráfaga de viento sacudió ferozmente los árboles, haciendo entrechocar el ramaje con ruido seco. Una última hoja que pendía en lo alto se desprendió á la sacudida, revoló un instante, y luego, amarillenta, arrugada, llena de manchas negruzcas, se abatió en un charco: Al caer rozó el rostro de Paco, haciéndole mirar al suelo, donde la hoja flotaba sobre el agua cenagosa.

Tudela secó su cara humedecida por aquel beso y siguió su camino; pero su pensamiento no le obedeció cuando quiso fijarlo en el asunto que antes le preocupaba. El roce casi imperceptible de la hoja, parecía haber desviado el curso de sus ideas que, declarándose rebeldes arrastraban el espíritu del joven hacia otros sitios. Andaba como sonámbulo. Un tranvía estuvo á pique de espachurrarlo; un coche lo enlodó con sus salpicaduras; su paraguas, mal sostenido, enganchóse mil veces con otros; pero Tudela, sin enterarse de nada, seguía inconsciente. No estaba en Madrid; estaba lejos, lejos. Ante su vista moría una tarde estival, tranquila y hermosa y los últimos rayos del sol se ocultaban tras los picos azules de la sierra. Ante su vista nacía la luna, luciendo en las hojas verdes y frescas, barnizadas de savia joven, riellando en la profundidad de los ojos de Castita.

Pasaban más calles, llenas de bullicio, de tráfago, de gentes presurosas que corrían bajo la cúpula reluciente de los paraguas. El cielo se anegaba en lluvia, cruzado por el andar perezoso de nubes bajas, informes y grisáceas que se arrastraban lentas sobre el fondo amarillento de los vapores más altos. Paco veía los esplendores estelares de las noches de estío, el hormiguelo esplendoroso de las constelaciones, la infinita aglomeración lechosa del camino de Santiago, el volar refulgente de las estrellas erráticas. Huían al viento frases llenas de amor tranquilo, el único que satisfacía el alma de Paco, y la última imagen de Castita surgió potente en el cerebro del joven.

La veía silenciosa, resuelta, pronunciando palabras inexorables, parecidas á sentencias. Las hojas muer-



tas de la Moncloa se arremolinaban en su torno, y Paco las veía caer sin acertar á defenderse, sin hallar respuesta. Castita decidía el porvenir de los dos. Ella continuaría su vida apacible y oscura en la que él no había de entrar, y Paco, cumpliendo las obligaciones impuestas por su porvenir, se iría lejos, muy lejos, á subir, á vencer, á llenar con la gloria de sus triunfos una existencia toda luz y agitación, tan distinta de la de Castita como lo son el día y la noche. Aquel recuerdo hizo á Tudela apretar colérico el paso, sin querer pensar más en su amor, y forzando su mente á no hacerlo, contempló los escaparates, miró los transeuntes, pulió en los objetos exteriores las mil asperezas de su pena.

Junto al teatro le abordó un hombre alto y delgado.

—Hola, amigo Tudela.

Era Espejer. A ruego suyo entraron en la cervecería, y allí, en una de las mesas del fondo, sentáronse ante unas tazas de café.

El artista habló de las supresiones que, á su juicio, debían hacerse. Deseoso de convencer á Paco, se expresaba con pasión. El cómico estaba entusiasmado con la obra; preveía un triunfo. Ningún papel le había satisfecho tanto como el de Alberto, pero...

—Ya usted ve, amigo mío—decía;—yo tengo alguna experiencia teatral, y me parece que sobra algo en el final del segundo. Usted, con su inteligencia clarísima, lo ve..., ya lo creo, ¿no lo ha de ver? Pero, claro, es natural, los autores toman cariño á sus obras y piensan que quitar algo de lo escrito es castrarlas, sí, me permito usar este verbo.

Después de dicho esto, Espejer se recostó en el diván. Su rostro afeitado, de líneas correctas y secas, descansaba en los pliegues de un pañuelo de seda blanca que, enfundándole el cuello, subía por detrás hasta el pelo corto y espeso. Un sombrero flexible sombreaba aquella cara parecida á la de un emperador romano, donde los ojos lucían hundidos en la penumbra. Todo aquel fuego artístico era fingido, pues á Espejer le daba lo mismo representar un papel que otro, mas juzgaba preciso los cortes para su lucimiento particular, y por eso los proponía, sin preocuparse para nada de la obra.

Paco se defendió. No decía que no en absoluto, pero de eso á lo que Espejer deseaba, había mucho trecho.



—De hacer lo que usted quiere, quedará sin justificación el suicidio de Carmen y todo el final del acto tercero. Algo podremos cortar, pero no tanto. Además, figúrese usted cómo se va á poner María Luisa Barceló si se la quita su relación. La oirán los sordos, la dará un ataque de nervios.

—Si va usted á preocuparse de los nervios de María Luisa..., apaga y vámonos—gruñó entre dientes Espejer.

—Hombre, todo debe mirarse. A más, si suprimo tanto, Delfina no podrá lucirse en la conclusión del segundo.

Aquellas razones no convencieron á Espejer. Abandonando su actitud negligente, se acodó en la mesa, y á media voz empezó á hablar pestes de sus compañeros. Sólo él era artista; los demás, morralla despreciable. La Olmo y la Barceló eran unas escandalosas. Los líos de la Malta, á pesar de haber pasado á la historia, se comentaban aún; tantos y tan gordos habían sido. De Morales no podía esperarse nada, pues estaba alcoholizado y chocho, y sólo vivía á fuerza de copas de aguardiente. Cualquiera noche reventaba como un triquitraque en mitad de la escena, dando á todos el gran disgusto. ¡Quisiera Dios no sucediese tal cosa el día del estreno de *La Sierpe!*

Toda aquella disección fué encaminada á mover el ánimo de Paco en pro de los dichosos cortes, indudablemente necesarios, puesto que los recomendaba el único actor, la única conciencia y la única persona decente de toda la compañía.

Abrumado por la locuacidad maldiciente de Espejer, el autor se defendía con menos tesón. Disculpaba los enredos. Exageraciones del amigo Espejer. Delfina y María Luisa eran unas buenas muchachas que sostenían á sus familias. Morales empinaba algo el codo, eso sí era verdad, pero no hasta el extremo que decía el cómico. De los líos de Beatriz Malta, ¿quién se acordaba? Dos ó tres vejancones que tosían en sus casas sin atreverse á asomar las narices á la calle por miedo de morirse.

Espejer suspiró:

—¡Ay, amigo Tudela! Usted es demasiado inocente y no sabe de la misa la media. Cuando yo digo esto, por algo será. Si atiende usted á las mujeres esas, no suprimirá usted ni una coma, pues ellas con hablar y hacer gestitos están contentas. Créame usted, en



ese dichoso final sobra desde donde digo: «Mi hogar, mi dicha conmigo van, conmigo los llevo. Ven, Ernestina. Adiós por siempre, Carmen. No conociste», etcétera, hasta donde la Olmo exclama: «Todo mi amor, la juventud, las bellezas lejanas ya ¡ay!, para ti fueron. Hoy sólo me resta la soledad, el dolor de las lágrimas.»—Caray—siguió interrumpiendo la tirada—son las tres y cuarto. Andando, amigo Tudela, seguiremos la discusión por el camino.

El teatro estaba cerca; llegaron pronto. Cruzando el salón de descanso, entraron en la sala. El día filtrábase por los arabescos de la claraboya, y cayendo sobre las butacas, formaba un lago de claridad triste. Los palcos abrían sus cavidades oscuras, y alguna lámpara eléctrica, recogiendo un rayo de luz extraviado, redondeaba en la penumbra su ampolla de cristal. De lo alto bajaba el canturreo vago de una vieja que con unos zorros sacudía los asientos del anfiteatro. En el escenario, sobre una mesa, brillaba la lámpara á cuya luz leerían los cómicos.

Los bastidores de selva de la función de aquella noche, recuadraban el fondo misterioso del teatro, donde se entreveían siluetas polvorientas de cosas sin nombre. Un tapicero, arrodillado ante la concha del apuntador, recosía cuidadoso un desgarrón del terciopelo.

Sentados en unas butacas Paco y Espejer llegaban á un acuerdo. Se suprimiría algo, no todo, de lo que deseaba el actor. A Delfina la dejarían su grito de dolor, y á la Barceló su relación. Conseguido su objeto, Espejer se levantó, dejando solo á Paco.

En cuanto se fué el comediante, empezó el joven á recriminarse por haber cedido á sus deseos. Era una sandez quitar nada; la obra sufría. Si se ganaba una silba..., y una vocecita que creyó muda, dijo:

—Yo nada sé; soy muy tonta; pero cuando pienso en esos sitios donde la gente aplaude ó silba, me entra miedo, miedo de que seas desgraciado en ellos.

Paco se levantó furioso y principió á pasear por el pasillo de las butacas; pero la voz, sin atender á su furia, seguía sonando. Recordaba al joven palabras olvidadas, frases que al parecer se perdieron, y que volvían ahora con más fuerza, mezclándose los dichos ingeniosos é infantiles, de argentino timbre, con los consejos tímidos y sensatos que velaban la frescura de la voz con la pausa seria de que se revestían.



Poco á poco se escurrían entre los asientos sombras pausadas, que se sentaban cuchicheando. Eran madres de actrices guardianas soñolientas de sus hijas, hermanitos y primitos revoltosos que concluían jugando al escondite por los pasillos, actores sin contrata, algún amigo del empresario. En el escenario apareció Delfina Olmo, y detrás de ella María Luisa Barceló. La Malta se arrastró hasta una butaca, y arrellenándose allí, se dispuso á dormir un ratito.

—El autor, el autor. Tudela, hombre, venga usted aquí—gritó Delfina á Paco con su voz mimosa, mientras María Luisa le llamaba con la mano. El joven se aproximó automáticamente. Acercándose á la batería, se apoyó allí y preguntó á las actrices qué querían.

Las dos mujeres empezaron á hablar volublemente. Ambas eran guapas. Delfina, alta, de curvas llenas, melancólica boca y ojos hermosísimos, tan negros y lucientes como el cabello tenebroso y abundante que cubría su cráneo redondo. La Barceló era diametralmente opuesta á Delfina. Pequeñita, gordezuela, muy inquieta, de ojos grises y revuelta cabellera rubia, aquel manajo de nervios revolvía y traía al retortero á más de cuatro.

La diversidad de sus atractivos las conservaba amigas, y aquella amistad era caso de admiración entre los demás cómicos. Espejer las había enterado de las supresiones, y las dos llamaron á capítulo á Paco.

—Oh, no, no puede ser, amigo Tudela—dijo María Luisa, haciéndole subir al escenario y apretándole nerviosamente la mano.—Trunca usted mi porvenir artístico al quitarme la única ocasión de lucimiento.

—Esta tiene razón en quejarse—siguió la Olmo.—Usted es novicio aún, querido autor, y por eso accede á las peticiones de Espejer. Bueno que se aligere un poco el final, pero no tanto, por Dios, no tanto.

Ambas cómicas hablaban con mentida naturalidad, cuyo fingimiento aparecía en la correctísima pronunciación de las palabras, en la variedad de entonación de cada frase. Mientras sus labios se movían, sus cerebros de comediantas continuaban su trabajo, exteriorizándolo de vez en vez por alguna modulación imprevista, gesto apasionado ó armoniosa carcajada, que iluminaban la mediocridad de la charla con una chispa de arte.



Paco se defendió como pudo. Dentro de su cabeza resonaba la voz de Castita, sin cesar un momento de repetir las frases que en un tiempo resonaron alegres. El pensamiento del joven, abstraído en aquellos recuerdos, chocaba contra la realidad como un pájaro contra los hierros de su jaula. Tenía que responder á las cómicas, oír sus quejas, consultar otra vez con Espejer, enterarse de mil cosas, muy lejanas de su alma.

Los tres actores le rodearon, hablando todos á la vez.

—No las oiga usted, amigo Tudela—gruñía Espejer,—se pierde usted si las da gusto.

—Quita allá—rugió María Luisa hecha una leoncita.—Egoísta, más que egoísta. ¡Que no reventaras! No le haga usted caso, Paco; atiéndame usted á mí. No quite eso. Deje el acto usted tal y como está. Es un éxito seguro, y yo me compro...

—No te comprometas tanto — interrumpió Espejer con sorna.—Si te figuras que con tus contorsiones histéricas salvas la obra, estás fresca.

Mientras Delfina, habituada á aquellas trifulcas, sonreía muy tranquila, Paco intervino. Todo podía arreglarse, que cada uno cediera, y, ansiando concluir, les dijo:

—Cuenten ustedes conmigo para cuanto gusten. Lo único que deseo es satisfacer á todos.

—Es un animal que se cree artista porque da voces—escupió la Barceló, dirigiendo á Espejer una mirada de encono.

—Porque tiene una figurita de modistilla pizpireta, imagina que es una Calderona — respondió con el mismo desdén el cómico.

Delfina habló, y su voz dulce, que parecía acariciar con sus entonaciones blandas, reconcilió sin gran trabajo á los otros.

—Como dice Tudela, todo puede arreglarse. Cede tú un poco, María Luisa; tú, Espejer, sé galante una vez en tu vida. Yo creo que puede suprimirse algo, pero sustituyéndolo con otra cosa. Pueden quedar la relación de ésta (señalando á la Barceló), mis exclamaciones y gemidos, y se me ocurre que el final se redondeará si éste (Espejer) me insulta con violencia al concluir. ¿Qué les parece á ustedes? ¿No doy gusto á todos así?

Aquel discurso fué iris de paz y anuncio de bonanza. Ante la perspectiva de ser él quien hablase el úl-



timo, se desarrugó el ceño de Espejer. María Luisa perseveró aún algo en su furia, pero pronto volvió á reinar en ella la alegría, y á poco reíase á carcajadas con la Ferrándiz, quien la narraba su último chasco amoroso hacendístico. Delfina continuó hablando con Paco, halagándole con aquel acento mimoso que se metía por los oídos, arrullador, dulcísimo.

A poco llegó Arbueso. El empresario tenía cara de pocos amigos. Dictaminó con voz bronca que empezase el paso de papeles.

Los cómicos se agruparon junto á la mesa. El empresario sentóse al extremo de la escena, y allí, removiendo las ascuas de un brasero, entabló conversación con un embozado misterioso que había entrado con él. Junto á los artistas se acomodó Paco, oyéndoles recitar su obra.

Hablaban monótonamente. Sus voces sonaban veladas, sin inflexiones, arrastrando los párrafos como si salmodiasen. Todos se reservaban para la función de la noche, sin desear enronquecer con esfuerzos extemporáneos.

Al compás ensordecedor de aquella melopea, Paco rumiaba sus recuerdos, de los que le extraía de vez en cuando alguna pregunta de los cómicos. Sonaban perennes la gotas en la claraboya acristalada; de la calle venía un sordo rumor á subrayar el canturreo igual y enervante del recitado, y cerniéndose sobre aquellos sonsonetes monótonos, Paco escuchaba una vocecita dulce, firme, resuelta; vocecita que repetía sin cansarse: «Soy simple, soy tonta, de nada entiendo, nada valgo; pero te quiero, te quise, te querré.»





## GLOSARIO DEL MES

A los grandes escritores suele el público formarles una leyenda accesoria, con elementos que tal vez ellos mismos nunca tuvieron en la imaginación. Sobre una obra se hacen los más gratuitos comentarios, y en vez de trabajar siempre hacia adelante, la gente se entretiene en quitar y poner adornos inútiles y frívolos en el margen blanco y severo. Yo no sé quien ha dicho que el margen blanco interroga. Esto es bello, pero la pregunta es una pregunta para los espíritus, para el ensueño de los corazones; nunca para la erudición compacta y complicada.

Con motivo de ese centenario de *Don Quijote*, la gente ha dado otra vez en repetir lo de siempre: que *Don Quijote* es un libro de ironía, que Panza es la grosera realidad y Don Quijote el ensueño divino, que el libro de Cervantes es el símbolo de esta vieja patria española, que D. Miguel rompió en él una lanza contra los bellos libros de Caballería... Yo me he atrevido á pensar que todo esto es una leyenda que le fingen al



gran novelista de España. Se me dirá que yo voy á incurrir en el delito de comentarista que antes censuraba. Perdón, una vez, si fantaseo á mi gusto, como el más buen erudito. Yo quisiera decir: es casi seguro que Don Miguel de Cervantes no pensara nada de lo que se dice que pensó, cuando se puso á escribir su novela maravillosa; yo no puedo creer que él quisiera combatir esos nobles libros de Caballería, ni mucho menos poner tan en ridículo el alma idealista y romántica de la patria. Si un libro puede mostrar en sus páginas la quimera del poeta, lo que *Don Quijote* muestra del pensamiento de Cervantes es de una gran ingenuidad y de una mayor sencillez. Cervantes vió que en la vida había elementos novelables; esta fué la luz de su libro, tan fragmentario y trabajoso como una labor de la tierra. El ejemplo estaba ya dado en la literatura española y, si no recuerdo mal, Cervantes mismo, hablando de *La Celestina*, dice que es un libro divino. La inmensa verdad de esa gran novela de La Mancha es la verdad de la naturaleza, pero con candor, sin esa ironía que dicen las gentes.

Una prueba de todo esto es que *Don Quijote* va alargándose por fragmentos, según las conveniencias. Todo el episodio está en los primeros capítulos; cuando Don Quijote torna por primera vez á su aldea, bien podría darse el libro por terminado; lo que sigue es un desarrollo lento de esta sinfonía. La salida del hidalgo manchego sería otra novela ejemplar, sin más complicaciones; Cervantes hace que Don Quijote tome á Sancho, para ir aumentando su libro, y muchos otros sucesos y las dos novelas intercaladas, son páginas y páginas de esas que se añaden para hacer volumen. Yo respeto más que nadie ese gran libro de observación y de ritmo, ese libro que está sobre mi corazón con su grandeza de espíritu y su locura de nuevos brotes de palabras. Y esta misma admiración que tengo al libro de Cervantes, me hace preguntar:



¿Por qué no nos contentaremos con adorar las obras de arte? ¿por qué analizar, y por qué poner y quitar gratuitamente estas cosas y las otras? La obra de arte, como la obra de la naturaleza, debe tener en sí misma su espada: la flor convence con aroma, la fuente con frescor y con cantares, la mujer con miradas y con besos. Y así se defienden. El mejor elogio que se puede hacer de un libro es apretarlo contra el corazón; tenerlo como una flor, como una fuente, como una mujer; para ayudar al cuerpo á subir la montaña. Los libros son sólo para dar sueños á la vida.) Por lo tanto, la más pura ofrenda que pudiéramos alzar á Don Miguel el de Lepanto era regalar su libro, sin advertencias al margen y sin querer decir con erudición lo que ya dice la verdad con colores, con música y con luz; y que cada uno lo interpretase con sus propias sonrisas y con sus mismas lágrimas.

CON íntima satisfacción hemos visto el proyecto que un ilustre escultor ha soñado para un monumento á Don Miguel de Cervantes. Es un proyecto verdaderamente bello, soberbio de serenidad y de grandeza. Nuestro gran escultor, inspirándose en esa maravillosa Victoria de Samotracia que, sin cabeza y con alas, es más sobrenatural, porque tiene algo nebuloso en vez de frente, una bruma para que el alma adivine, ha dejado también sin cabeza al Manco de Lepanto. Esta idea es digna de los más calurosos elogios, pues la cabeza tradicional de Cervantes—la del papel de cartas, la de la vieja posada de Toledo, la que preside en tanto despacho de académico—es bastante antipática, é indigna de aquella otra cabeza que llevó tan divinas aventuras en su sombra. Además, el escultor ha puesto muy alta la figura del gran novelista, y desde la tierra solo se vé que muestra el pecho hacia poniente; por lo tanto tendrá el pecho lleno de oro de sol cuando ya todos andemos entre penumbras.



En la base, ha colocado el artista las figuras de Mariano de Cavia y de Cristóbal de Castro, que, como es sabido, son los dos verdaderos y consecuentes lectores de *Don Quijote*. Cada uno tiene en la mano derecha un diploma en el cual se lee, entre otras cosas: «...por ser uno de los dos más grandes intérpretes del espíritu de Cervantes...»

No sabemos aún donde se levantará el grandioso monumento; unos dicen que frente á la redacción de *El Imparcial*; otros que cerca de la redacción de *La Correspondencia de España*. Los poetas decadentes hemos pedido autorización para regalar, el día en que se inaugure el monumento, una gran corona de crisantemas de oro.

TENGO un manojo de rosas rosas todas iguales, todas á medio abrir: en un florero de barro, apenas verde, hacen una rima discreta á medias gozosa y á medias *añorante*. Las hojas de rosa parecen hechas de crespón de seda.

Las bóvedas solemnes de la Abadía de Westminster, sus interminables filas de sepulcros, el claror opalino de sus ventanales góticos y la elegante severidad de sus agujas de piedra, llenan mi espíritu de melancolías suaves y le inclinan á meditaciones hondas.

He pasado la tarde en los claustros, leyendo las inscripciones de las tumbas. Muchas de ellas recuerdan tan solo el acelerado paso por este valle de lágrimas, de un sér que nada hizo sino nacer y morir... su vida entera, como la de la gran muchedumbre humana, enciérrase en dos fechas descarnadas y sin historia. Hay algo de dolorosa sátira en semejantes inscripciones. Traen á mi memoria aquellos personajes de los poemas épicos, á quienes el bardo da nombres sonoros tan sólo para decirnos que murie-



ron: son los *Glaucumque Medontaque Thersilochumque* de la Eneida virgiliana; son los que la Sagrada Escritura describe como el «pasar de una flecha, que en el espacio se pierde». *Vitæ summa brevis*, que diría Horacio... He visto también epitafios extravagantes, y otros excesivamente modestos; he pasado de largo por las tumbas de los reyes, apenas me he detenido en las de los guerreros, y he venido, por fin, á refugiarme en el «rincón de los poetas», sentándome á reposar al pie del monumento de Shakespeare. Deslizándose por el sepulcro de Chaucer, cae un rayo de luz sobre la tumba de Tennyson. Browning, que á su lado reposa, entreabre plácido sus labios de mármol para cantar una estrofa de su «Cristina»; surgen armonías homéricas de la tumba de Milton; Dickens relata ternuras inefables; Thackeray sonríe piadoso humanas flaquezas; dice Macaulay leyendas romanas y murmura Byron tristezas helénicas... Levanto mis ojos y veo al Mago sublime de «La Tempestad» agitarse en su pedestal marmóreo y evocar mil espíritus alados, que acuden sumisos á su genial conjuro, se deslizan entre las tumbas y preludian en encantadas arpas himnos de resurrección y de gloria. Oigo la estrofa horaciana entre acordes de arpas y liras, que vibran rimando.

«Musas, revestíos de orgullo, y venid sonriendo á ceñir nuestras frentes con la corona inmortal...»  
*Laura cinge volens Melpomene coman...*

EL domingo salí á ver el sol de la mañana, que erraba triste y frío por las calles y por los jardines. Como yo ando siempre solo con mi alma, todas las apariciones de los paseos son apariciones para mí. La del domingo fué una melancólica aparición. Bajo las ramas sin hojas de los árboles de invierno, venía una larga fila de niñas hospicianas; era una larga tristeza en gris y negro. Y como las bocas de las niñas



tampoco sonreían, pensé que sus pobres almas eran también de ceniza, de luto y de llanto.

Pues bien; yo quiero que esas hermanas de la Caridad no lleven á las niñas del hospicio por las calles en las mañanas lujosas del domingo. Que las lleven al campo, con el Dios del horizonte azul y la Virgen de los prados. Mirad; los domingos, todas las madres llevan á sus hijos de la mano. Y los niños van por donde quieren, y corren y gritan y ríen al sol.

El otro día las niñas hospicianas llevaban dobladas las cabezas sobre el pecho, é iban silenciosas, en fila, con sus vestidos grises y sus mantillas negras...

**S**EGURAMENTE habréis visto por esos jardines un niño que parece un lirio negro. Pero un lirio primaveral, abierto para el sol. Tiene negras guedejas y ojos negros. Y su gesto es de flor, es de paje, es de príncipe. Es un héroe para floridos idilios.

Y este niño se llama Lleno-de-sol. Yo le he hecho estos versos:

#### SUNNY

Lleno-de-sol es un niño  
lleno de sol; brotan perlas  
para esa luz en su carne  
de rosas de primavera.

Lirio de campos de fuego,  
lirio alegre de la tierra  
donde nace el clavel rojo  
y la amapola morena,

ríe como una cascada,  
y su voz lírica y fresca  
ha entrado en mí, como el sol  
de una mañana abrialeña.

Hay en sus ojos de España  
melancolias y estrellas,  
ojos que saben dulzores  
para todas las tristezas.

Es idílico y heráldico;  
tiene pétalos de seda,



bucles galanos, y dulces  
gestos de héroe de leyenda.

Lleno-de-sol es un niño  
lleno de sol; es de perlas  
y es de espumas; y es de toda  
la flora de primavera.

**A** veces, muy pocas, siento el dolor ajeno, todos los dolores del mundo, pero individualmente, uno por uno, con tanta intensidad como si fuesen propios. Y me son más intolerables que si yo mismo los sufriese, porque no puedo dulcificarlos con la resignación, puesto que es imposible resignarse por cuenta ajena. Ayer, cinco minutos tuve esta extraña sensación, y creo que si me durase en alguna ocasión un día entero, me moriría seguramente. Pero no soy caritativo, porque en la angustia horrible que me causa la idea del padecer ajeno, me entran deseos vehementes de pedir á Dios que se acabe el dolor en el mundo, pero no acierto á desear para mí uno de esos dolores, con el fin de evitarle á cualquiera de los que en esta hora le están sufriendo. De donde resulta que mi compasión es la compasión egoísta y estéril de que habla doña Concepción Arenal. ¡Qué poca cosa buena encuentra uno al escudriñar alma adentro! Y sin embargo, ¿por qué este cariño desmedido al alma propia y á las almas ajenas? ¿por qué este insaciable deseo de poseer almas y esta alegría loca al sentir que vamos asentando imperio sobre un ajeno corazón?

**Y** dice Juan Pablo, *el único*, en su *Levana* genial: «Mandó el ángel á la tierra dos almas desnudas. Naced—les dijo—como hermano y hermana; y volaron al mundo, envuelto ya en las devoradoras llamas de su día último, entre las que se levantaban los muertos, saliendo de sus sarcófagos de siglos. Caía el sol á la tierra con estrépito horrísono, entre resplandores fulgurantes, y los humanos se agitaban



ansiosos entre oleadas de fuego y sangre. Mira—dijo la niña—, levantan sus manos hacia nosotros, quieren besarnos.—¿Dónde estarán los que van á ser nuestros padres?...—Acerquémonos más—, contestó el niño;—mira cómo vacilan y caen las luminarias celestes... Y llegaron á la tierra en llamas, y dijeron: Padres, miradnos con piedad... no nos hagáis daño, jugad con nosotros... mucho... mucho, contadnos cuentos largos, muy largos, y enseñadnos á adorar á Dios. Nacieron los niños cuando el mundo, desbordando en prevaricaciones, se desvanecía para siempre, y se quedaron solos... y con sus manecitas jugaban con las llamas, hasta que por fin, como Adán y Eva, desaparecieron también, y el universo concluyó con el Paraíso de los niños»...

He oído en el Ateneo una discusión sobre enseñanza; advertí en ella que me querían quitar á mi hijo para entregar al Estado... ¡al Estado!... su almita desnuda, y me he propuesto edificar una torre espiritual altísima, como las moradas de la Angélica Doctora de Avila, y encerrarle en ella hasta el año 2000, término del mundo, si se cumplen las profecías milenarias, para que su espíritu, tendiendo, como angélico, hacia la eterna juventud, pueda contemplar desde el «Paraíso de los niños» cómo arrastra Caronte hacia sus lúgubres dominios, el alma jacobina del último de los pedagogos dantonescos.

Como ayer fuese día de una de mis buenas amigas, le llevé rosas de té. Yo mismo compré las rosas y fui con ellas por las calles llenas de niebla y de lodo, perfumando de matiz amarillo y de aroma tenue y fino la sombra lluviosa del nocturno. ¡Qué acompañado va el corazón cuando se llevan flores en la mano! Estas pobres rosas de ayer, esas rosas de siempre, que hacen nuestra felicidad, ¿estarán contentas de la vida? Yo, cuando arranco una flor, pien-



so con pena que tal vez arranco un idilio. ¡Quién sabe qué lucero se quedará sin novia! Porque si las flores miran hacia el cielo, los luceros miran, seguramente, hacia la tierra.

Cuando se regalan flores, parece que se las arranca uno del alma. ¿Quién puede creer que lleva dentro jarros, joyas ó tanagras? Y, en cambio, ¿quién no cree que esconde en el alma un nardo, ó una violeta, ó un lirio, ó una rosa, ó siquiera una amapola del campo, aunque sea marchita?

EN invierno se vive más que en verano: por lo menos se da uno más cuenta de que vive. Sin embargo, prefiero el verano, en el cual, aunque acaso se tenga menos alma, es nuestra toda el alma hermosísima de la naturaleza, que no se cansa de vivir. Si supiera, haría unos versos maravillosos al sol de la canícula, al que arranca chispas de los terrones y hace de todo el aire una única é inmensa vibración. ¡Mi amigo el sol!

DEBEMOS ir por la vida como por un jardín. Pienso esto recordando el buen rato que pasé esta mañana con uno de mis amigos. Casi todo el mundo es agradable para una hora, porque cada alma da su flor. No pedir á nadie sino aquello que nos puede dar. Acaso sea éste el gran secreto de la dicha. Y este otro. No dar á nadie más que aquello que de nosotros desea recibir.

DICEN que al cabo de siete años han cambiado todos los átomos de nuestro cuerpo, que somos una forma idéntica con distinta substancia. Y pienso yo: ¿cuánto perdura la identidad de nuestro espíritu consigo mismo? Bien poco, ciertamente. He estado leyendo este nuestro *Glosario*, que aún no lleva un



año de fecha, y ya la mayor parte de las sensaciones en él apuntadas, me parecen extrañas y ajenas á mi vida interior. La vida—feliz como la mía, con esta maravillosa continuidad de bienandanza—es como un jardín en el cual constantemente se fuesen renovando las flores; pero nunca las que vienen—ni una sola de ellas—tienen el mismo aroma de las que se fueron: por eso, aun en los momentos de dicha completa, tenemos algo que añorar: aquel perfume que se fué y no vuelve.

HELIOS



## ESTUDIOS SOCIALES

### LA INSTRUCCIÓN Y LA EDUCACIÓN DESDE EL PUNTO DE VISTA SOCIAL   ◆   ◆   ◆

Si nos fuese posible comparar las civilizaciones futuras, la sociedad del día de mañana con la de hoy, del mismo modo que comparamos ésta con la de los pasados siglos, veríamos, sin duda, que la instrucción será para el hombre del porvenir cosa tan natural, tan vulgar, tan necesaria y, hasta si se quiere, tan imprescindible á la vida social como lo es hoy el vestido; y si fuese posible, y pudieran los descendientes de nuestras generaciones vernos á nosotros como nosotros podemos ver á los negros habitantes de los trópicos, tanto se asombrarían ellos al ver seres humanos viviendo en la ignorancia como á nosotros nos asombra y apena ver cómo los negros muestran sus carnes al descubierto, sin resguardarlas por respeto al pudor ni por miedo á la intemperie.

Y, sin embargo, nosotros vivimos entre analfabetos, es decir, entre semejantes nuestros que ni siquiera saben leer y escribir, sin acordarnos de ellos, y hasta nos espanta pensar que al volver en sí la multitud conocedora de sus derechos sociales, arrollará á las clases directoras, como sucedería realmente si sólo en la instrucción pensásemos. La instrucción por sí sola es impotente para crear un bienestar relativo: una sociedad de sabios mal educados sería hartamente peor que otra compuesta de ignorantes atentos al cumplimiento de sus deberes. Dos son, pues, los objetivos hacia los cuales debe la humanidad encaminar sus pasos: la instrucción uno; la educación otro.

La instrucción es únicamente un medio que facilitará la educación del hombre; mientras que la edu-



cación es, sin duda, base capital de toda sociedad perfecta, cima de la cultura del hombre y de la familia. Por ella debe perfeccionarse el individuo, acercándose á la familia; por ella se acercarán las familias, confundiéndose en una sola, y formarán el estado social en su mayor grado de perfección.

Todos recordaréis los entusiasmos del pueblo inglés al recibir á sus generales, que volvían del Sur de África, cargados de aquellos laureles que yo no he de discutir, pero que la posteridad pondrá en claro... Ahora bien, aquellos entusiasmos llegaron á veces hasta el delirio, y el pueblo, desbordado, cometía desmanes de tal género, que hicieron exclamar á muchos pensadores británicos: «¿De qué nos ha servido instruir al pueblo, de qué enseñarle á leer y á escribir, si lee únicamente lo malo y se descarría con igual ó mayor facilidad que antes?» Y á tal pregunta respondieron otros filósofos, más pensadores, sin duda, que los primeros: «Es que no basta enseñar á leer y escribir, es que después de ello hay que enseñar á escoger la lectura, y hay que aprender qué es lo que puede y debe escribirse.»

Y esta segunda parte es la educativa, la que forma de la masa instruída, del bloque de mármol blanco y sin tacha, la obra de arte en la perfección suma; y de tal modo está probada la superioridad de la educación sobre la instrucción que, como antes he indicado, no es dudosa la elección entre el hombre muy instruído y mal educado, y el poco instruído y bien educado; pero es tan difícil educar al hombre sin previa instrucción, como difícil enseñar á pintar á quien antes no supiese dibujo, ó música á quien no entendiese de solfeo.

Es, pues, indispensable pensar en la instrucción como medio, y en la educación como fin.

La unidad humana hállase compuesta de dos individuos: el hombre y la mujer; y es al menos tan importante—por no decir que lo es más—el estudio del



segundo que el del primero. Y aun cuando sólo fuese por razones de cortesía, creeríame obligado á tratar de la misión educativa de la mujer antes que de la del hombre.

Muchos, sin duda, habrán tenido necesidad ó curiosidad de atravesar Europa por diferentes partes; mas serán pocos, probablemente, aquéllos que hayan en su viaje seguido línea tan recta y tan propicia al estudio social como la que seguí yo, hace algunos años, desde las costas del mar del Norte hasta las orientales del mar de Mármara, yendo desde la cima de la perfección social europea hasta el valle hoy más despoblado de cultura.

Y así pude tener la suerte de hacer comparaciones entre los diferentes pueblos que iba encontrando en el camino, sin hablar de España, que se quedó á un lado, y, por consecuencia, libre de todo comentario.

En todas las poblaciones del Norte, tanto la instrucción como la educación constituyen la base primordial de la sociedad, así como en el extremo Oriente, el fanatismo del pueblo y la fuerza, mantenida por los agentes del poder, son los dos únicos puntales que sostienen un orden hartamente relativo por cierto.

Prueba de todo esto dándonosla están hoy las continuas luchas, conspiraciones, desórdenes y hasta verdaderas revoluciones, que nacen y se desarrollan en todo lo que fué un día Imperio bizantino.

Y aparte de que los hombres son de inteligencia clara y de constitución robusta en todos los principales centros de civilización del Norte de Europa, mientras que son débiles y déspotas en el Oriente meridional; aparte de aquel mayor grado de perfección en el hombre, lo que más sorprendió mi atención fué la gran diferencia de consideración social para la mujer; porque mientras en el Norte de Alema-



nia, y como es bien sabido en mayor grado aún en Suecia y en Noruega, tiénese á la mujer en tan alta consideración social como pueda tenerse al hombre en todas las esferas sociales, entre los turcos la mujer es poco menos que un ser irracional, inhabilitada para todo cargo social, inepta para el trato y para toda representación, y á no ser entre las clases más pobres, hasta excluída de toda suerte de trabajo manual y mucho menos, intelectual.

Las mujeres turcas sólo pueden tener trato entre sí, y sus conversaciones y visitas parecen juegos de niñas. Yendo por la calle, no le está permitido á la mujer ponerse al lado del marido, sino que ha de seguir cinco ó seis pasos detrás como una esclava, guardándose bien uno y otra de cruzar una sola palabra. En la vida de familia, la mujer y los niños están completamente separados del marido ó *effendi*. Conservan en sus casas mucho de aquella disposición griega que las dividía en *andronitis* y *ginaiconitis*, y que nosotros conocemos por androceo y gineceo, pero tales palabras están sustituidas entre los árabes por las de *harén* y *selamlík*. Separa á estas diferentes habitaciones en su disposición arquitectónica un sencillo corredor, pero sepáralas un mundo en el trato social y hasta en el de la familia. Las mujeres que viven en las habitaciones del fondo, ó sea en el *harén*, no comen con los hombres, ni alternan para nada con ellos; sólo al marido le está permitido visitarlas, y aun su visita, en la alta sociedad, es anunciada previamente por un esclavo.

Pocos años hace que no le era permitido á ninguna mujer turca salir sola á la calle, y si casualmente alguna osaba á tanto, no era extraño que hallase algún viejo fanático que le preguntase dónde iba y la hiciese volver á casa, de donde no debió salir sino en compañía de un esclavo ó de otra persona.

Hoy ha cambiado mucho todo esto, y las mujeres salen solas frecuentemente, pero con la cara tapada.



Las solteras no deben quitarse el velo delante de hombre alguno, y así—si estrictamente se cumpliesen las prescripciones impuestas por el ritual,—el novio no vería la cara de la novia hasta después de casada. Es inútil decir que todas estas restricciones distan mucho de cumplirse, y que alguna que otra vez el tupido velo suele alzarse para dejar ver unos ojos negros y una cara blanca, y las espesas celosías que cierran las ventanas de las casas, también se abren si se trata de un musulmán conocido de la doncella.

He relatado todas estas observaciones, porque creo que bastan por sí solas para demostrar claramente que allí no se da á la mujer ilustración de ninguna clase. Pocas son las que saben leer y escribir, y muy contadas las que poseen otros conocimientos. Las de familias principales y despreocupadas llegan hasta á tener profesor de francés, y algunas de piano.

Como dice muy bien Amicis, para el turco la palabra «mujer» significa «solaz» ó «expansión», y basta añadir que hay un proverbio musulmán que dice, refiriéndose á la mujer: «Es un animal que tiene el pelo largo y la inteligencia corta».

Considerando inútil dar ninguna clase de instrucción á la mujer, no cuidan tampoco de educarla, puesto que para ellos no ha de ser ni la compañera ni la confidente, sino únicamente la sierva y el juguete.

En el Norte de Europa sucede todo lo contrario; allí la mujer alterna con el hombre en igualdad de miras y de consideración, con un grado de cultura al nivel intelectual del hombre, y así se la ve en la sociedad tomar parte en las conversaciones, y dentro de casa dirigir los quehaceres domésticos con acierto y economía, continuando las viudas las industrias creadas por sus maridos, educando á los hijos sin necesidad de institutrices, y á las solteras ocupar puestos importantes en las casas de banca, y salir á paseo sin haber menester compañía, con seriedad, sin afectación y con nobleza.



Hablan siempre dos ó tres lenguas, además de la suya nativa, y conocen el arte de la cocina hasta para dar lecciones á las del oficio. Cuidan del desarrollo físico de su cuerpo, tan abandonado Oriente, y estudian el modo de educar á la familia para que los hijos sean orgullo de las madres.

Entre estos dos extremos podríamos hallar una escala descendente, pasando de la misma Alemania del Norte á la del Sur, y de ésta al imperio austriaco, desde Bohemia á Hungría; de Hungría á Servia hay un salto bastante mayor, y otro al llegar á las costas asiáticas.

Estas diferencias empiezan por atribuirse á un efecto del estado general de cultura del país, que da mayor igualdad á los dos sexos cuanto más civilización alcanza; pero en realidad, y bien estudiada la cuestión, tal otorgamiento de igualdad no es un efecto, sino una causa de perfeccionamiento social. Más claro, es imposible la vida ni el progreso de un estado social sin que se piense en la educación de la mujer, puesto que al fin y al cabo el hombre es hijo suyo y de ella tiene que recibir de un modo directo sus aptitudes primero, y después su educación, tanto más elevada cuanto más lo haya sido la de la madre, y tanto más perfecta cuanto ella la haya recibido más sólida.

Es, pues, necesario que ponga el hombre—á quien hoy está encomendada la misión de dirigir el Estado—cuidado especial en la formación de esta parte educativa, pensando primero en la instrucción.

Una instrucción á la altura de las circunstancias actuales.

Nuestros abuelos decían que la mujer necesitaba saber zurcir y hacer media, y leer poco. Nuestros padres fueron más allá, y sustituyeron tales trabajos por otros de adorno, por ejemplo, bordados y encajes; se atrevieron á enseñar á sus hijas alguna lengua más que las habladas de ordinario en el país, y em-



pezaron á iniciar la inteligencia femenina en el campo del arte, especialmente en aquellas ramas más acordes con su temperamento, como la música y la pintura.

Creo que nosotros debemos adelantar otro paso.

La maquinaria, con su exceso de producción, no tolera zurcidos ni remiendos. Quedan relegados á una categoría puramente artística los trabajos de bordado y encajes á mano, y las faenas de la casa han cambiado sus nombres de *hacer limpieza* é *ir á la compra*, por los de higiene privada y economía doméstica.

Existen, pues, verdaderas ciencias, tan importantes como las más enrevesadas matemáticas, que la mujer necesita aprender y acerca de las cuales ha de poseer conocimientos superiores á los del hombre, puesto que son de su exclusiva incumbencia.

Las lenguas extranjeras son estudios generales, indispensables á todos, puesto que mediante ellos educamos el juicio y podemos perfeccionar nuestros conocimientos, escogiendo lo más sano y adecuado á nuestra idiosincrasia.

La cocina: he aquí una de las enseñanzas más importantes en las escuelas alemanas. ¿No es la mujer la que ha de gobernar la casa? ¿No es la cocina uno de los factores más importantes de la vida doméstica? ¿Cómo podrá ser buena ama de casa quien no tenga sobre los criados aquella superioridad de conocimientos y de inteligencia, que es la única que puede otorgar autoridad verdadera entre las clases acomodadas y aun de la clase obrera? ¿Cómo podrá hacer agradable la vida del hogar la mujer que no sepa presentar á su familia bien condimentado el sustento de cada día?

En algunas escuelas alemanas, no sólo se enseña á guisar, sino á hacer la compra, y se da un premio á la alumna que con el mismo dinero presenta una comida más completa y agradable.



Todo lo que constituye un mecanismo, debe de ser en la instrucción de importancia relativa por la facilidad con que el hombre va procurando artificialmente la perfección y utilidad de todo aquello que no es manifestación pura y directa de la inteligencia.

La escritura á mano, que era para la mujer de ayer un adorno exquisito por su elegancia, será convertida en un teclado más ó menos perfeccionado, y quién sabe si hasta la lectura cambiará su modalidad actual por otra más cómoda y de mayor perfección.

En cambio, todos los principios instructivos y fundamentales deben ser sólidos y bien comprendidos: los conocimientos físicos, químicos, históricos y geográficos; el estudio de los principios estéticos, para que pueda aplicar la mujer á su aderezo personal todo lo que sea adecuado á su físico y á su carácter, hasta sin prescindir en absoluto de la moda, de ese molde que el exceso de producción hace cada día más variable. He visto muchas veces señoras gruesas vestirse de colores claros y con rayas horizontales, las cuales producen un efecto óptico que acorta la estatura y aumenta el grosor. Otras delgadas, al revés: con vestidos oscuros y raya ó franja verticales, que producen un efecto completamente contrario al primero. El estudio de los colores complementarios es de importancia capital: el verde hace destacar el rojo, el morado al amarillo, y el azul al anaranjado. Muchas señoras saben por intuición qué sombreros les sientan bien, pero no se explican por qué; con los principios de estética aplicada, el gusto artístico tendría en la mujer un desarrollo poderoso, acercándola al ser ideal en que admiraría el hombre la suma perfección en la forma y el más purificado sentimentalismo en lo espiritual.

Los estudios higiénicos para el cuidado de la familia, los principios de contabilidad para la administración del hogar, y los estudios de pedagogía elemental, para poder conducir á los nuevos vástagos



por buen camino, deben de ser punto principalísimo de mira en las escuelas de niñas.

Todo esto ha de formar parte de la misión instructiva; pero la educativa, de tan trascendental importancia como la primera, es también muy digna de tenerse en cuenta. Sin olvidar que está confiada al hombre, como más predispuesto por la naturaleza al dominio y á la preponderancia intelectual, la dirección de las cuestiones sociales, debe procurarse hacer de la mujer un ser superior más elevado de espíritu é inaccesible á las pasiones, y de este modo, estando *en relación* los dos sexos por su igualdad de miras, se obligarán una y otro á mayor educación, y la mujer no se abandonará á los asuntos frívolos, calificados de femeninos, tal y como sucede en las decadentes civilizaciones orientales.

Con los estudios intelectuales deben alternar los ejercicios físicos, pues, como dijo Juvenal, es necesario un cuerpo sano para tener sana la inteligencia.

Los ejercicios higiénicos y deportivos deben practicarse con el fin de fortificar el cuerpo, y con el de corregir aquellos defectos individuales y aun de raza que acusan las sociedades endebles.

Las madres deben tener á orgullo el criar y educar á sus hijos, y como decía muy bien el actual Presidente de los Estados Unidos Mr. Roosevelt, en un discurso pronunciado en el «Hamilton Club» de Chicago: «La mujer debe ser ama de su casa, compañera del fundador de la familia, madre prudente y satisfecha de hijos sanos y numerosos.»

PABLO SALVAT.

*Terminará en el número próximo.*



## LITERATOS EXTRANJEROS



### MI VISITA A SIDNEY LEE

**L**E *Sieur de Montaigne*, el Horacio francés de las *causeries* de Saint-Beuve, el autor de ese admirable libro que describe Pasquier como seminario de bellezas y sentencias hondas, dice en uno de sus ensayos, que amaba en extremo á aquellos historiadores que eran como «su mano derecha», y le ponían en íntimo, fácil y agradable contacto intelectual con el héroe que deseaba conocer.

Admiraba el refinado y hondo pensador del Renacimiento á César y Salustio por su suavidad y sencillez encantadoras, prefería el amable y acomodaticio platonismo de Plutarco, al estoicismo epicúreo de Séneca, y causábale tedio Cicerón por consumir en



exordios, divisiones y etimologías la mayor parte de sus discursos filosóficos. Tachaba, como Bruto, su elocuencia de *fractam et elumbem*, y se declaraba decidido partidario de aquellos libros de historia que ofrecían á la inteligencia razones sólidas y firmes, relaciones indubitables de hechos, y pinturas claras y de hombres y épocas, sin preocuparse de gramaticales sutilezas, lógicas argucias ni declamatorios circunloquios.

Encantaban al elegante y discretísimo ególatra las amables ingenuidades del cronista Froisart, que, sin añadir nada de su propia cosecha, reunía con excelente simplicidad, y cuidadosa diligencia cuantos datos estaban á su alcance, archivándolos en sus páginas, fiel y sinceramente, y legando á la posteridad todas las informaciones recogidas en largos años de observación y estudio.

Aplacan, en verdad, tales libros nuestra sed de investigación, dejando el espíritu satisfecho, libre para sus juicios y agradecido siempre al biógrafo que tan firmes esclarecimientos proporciona. Y tal sucede con la vida de William Shakespeare, escrita por Sidney Lee.

Cuentan de Madame de Stáel, que al enviarla Lord Byron los primeros cantos de su *Don Juan*, pidiéndole opinión sobre su valer artístico, contestó al inspirado bardo que los daría todos por un solo verso del Childe Harold.

Puede decirse lo propio de las innumerables biografías Shakesperianas. Limitándome á las más conocidas, yo no cambiaría un solo capítulo de la de Sidney Lee, por todas las recargadas noticias biográficas de Elze, Gervinus, Ulrici y demás críticos alemanes, aunque á ellas se añadieran los dos tomos del eminente Brandés, y para mayor abundamiento, todos los superficiales, declamatorios é hinchados prólogos de las traducciones francesas de Francois Victor Hugo. Por cierto, y dicho sea de paso, que los



referidos prólogos de Hugo producenme el mismo efecto que las acerbadas invectivas de Taine en su «Historia de la literatura inglesa contemporánea», cuando expone (?) y critica la obra de Dickens; Thackeray ó Tennyson.

Ambos libros traen á mi memoria el «Miente..... que algo queda» del ponzoñoso solitario de Ferney.

En cambio, la obra de Sidney Lee, maravilla de investigación lógica y fidedigna, fué para mi inteligencia á modo de brújula ó fanal luciente, que me condujo á través del confuso y laberíntico mar de la shakesperiana historia, por derroteros fáciles, clarísimos y sin escollos.

No es extraño, pues, que me acercara á la mansión del gran biógrafo shakesperiano, con el mismo reverencial encogimiento con que acercarse puede un simple ministrante Budhista á la residencia enmurallada y misteriosa del gran sacerdote del lamaismo.

Despejáronse bien pronto mis temores. Recibiómeme el maestro con encantadora sencillez. Preocupado un tanto con los recientes é injustificados ataques de Mary Corelly, á los albaceas del sepulcro de Stratford-on-Avon, hablómeme de su insubsistencia y me describió, con tal motivo, los interiores del Stratford de la época shakesperiana, reconstituyéndolos con la misma vividez que si se tratara de uno de los rincones de su biblioteca.

Preguntéle algo sobre el «Cardenio» de Fletcher y Shakespeare, y la posible relación de las literaturas española é inglesa del siglo xvi. — Indiscutible — me contestó, alargándome los sonetos de Boscan, que conoce mejor que algunos de nuestros escritores... — Petrarca y Ronsard influenciaron decididamente el soneto shakesperiano, y á ellos se deben muchos de los conceptismos de la literatura española y de los eufuismos de los poetas ingleses de la época de Isabel, que son muy semejantes.



Leyóme después refranes coleccionados en precioso infolio, de nuestro inmortal Cervantes.—¡Qué paralelo tan hermoso—me dijo—sería el de estos dos genios, Cervantes y Shakespeare, y qué lástima que no surja un Plutarco capaz de escribirlo! Algo ha hecho Tourgeneff, pero no me convence. En las obras de esos dos colosos intelectuales, de los creadores de don Quijote y Hamlet, Falstaff y Sancho Panza—continuó—está condensado todo lo que la humanidad puede escribir de grande y de bello.

Extrañóse el maestro de que no existiera en español una edición completa de las tragedias y comedias shakespeareanas, lamentando que nuestro Menéndez Pelayo, cuya traducción creía apreciabilísima y había citado con encomio en sus obras, no hubiera continuado su trabajo.—Acabo de recibir—continuó, enseñándome un lujoso volumen—esta traducción en ruso de nuestro poeta: ¡cómo me gustaría ver en español algo por el estilo! creo podría ser de tanta utilidad para los literatos españoles, como sería para nosotros una traducción bien anotada de Lope de Vega, Calderón, Quevedo, ó Tirso. Acaso Martín Hume la haga algún día; es el literato inglés más preparado para ello y no desespero de que acometa la empresa.

Alguien nombró la traducción del Hamlet de Moratín y las adaptaciones de... (tente pluma). El maestro sonrió, y se limitó á decir:—Los dramaturgos clásicos franceses y sus incondicionales admiradores, no han salido nunca del monótono alejandrino Racinesco; ¿cómo quiere usted que aprecien la fuerza y la vibración pasional del yambico shakespeareano? Y en cuanto á lo demás, algo ha dicho en el *Atheneum* uno de mis amigos literarios extractando un artículo de HELIOS.

Las horas transcurrían sin sentir; se habló de todo, ó, mejor dicho, habló el maestro, pues es difícil iniciar con Sidney Lee cualquier tópico de conversa-



ción literaria, sin que lo ilumine al punto con su brillante cultura y honda penetración artística, en forma tal que hace inútiles ulteriores comentarios.

Á pesar de ello, Sidney Lee, como todas las grandes inteligencias, es modesto hasta la exageración; tan genial y amable con los esfuerzos literarios ajenos, como severo é indiferente con los suyos propios.

Su obra literaria es enorme. Al salir de Balliol College en Oxford, emprendió, colaborando con el célebre Sir Leslie Stephen, el utilitario apologista de los Agnósticos, la publicación del *Diccionario Nacional de Biografías*, obra que continuó sólo al morir Stephen y terminó en sesenta y seis tomos, publicados en el término de veinte años, (1883-1903). Su vida de Shakespeare, y sus interesantísimas crónicas de Stratford son sin duda alguna objeto de su especial predilección. El *Diccionario* es un verdadero monumento nacional del que Inglaterra está justamente orgullosa. Sidney Lee trabaja asiduamente, recluso en su encantador despacho de Kensington Gardens, que sólo abandona para presidir en Stratford, las Asambleas de los Guardianes del Sepulcro y museo Shakesperiano, ó para encerrarse entre los infolios y manuscritos del Museo Británico.

Conocer al biógrafo exímio para un idólatra del autor de Macbeth es realizar la abundancia espiritual de una vida completa, el valor de una inteligencia firme y clarísima que cumple su misión literaria sin vacilaciones ni extravíos.

Pasarán años, y aun siglos, y el nombre de Sidney Lee irá unido al de William Shakespeare, como va unido el de Quintana á los de nuestros varones ilustres, ó el de Plutarco al de sus héroes clásicos.

C. NAVARRO LAMARCA.



# INTELECTUALES ESPAÑOLES

EL MITÓGRAFO D. ESTANISLAO

SANCHEZ CALVO ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

SUENA el reloj: las tres, y desvelado. Abro las contraventanas: ¡es de noche! Silencio... que parece bajar de la bóveda celeste. En el fondo azulado, sin fondo, chispean un sinnúmero de riquísimos brillantes de todos tamaños. Amontonados al azar en algunos puntos, en otros uno ó más solitarios parpadean vivísimos destellos. ¿Qué mano esparció ese puñado de pulverizada nieve que veo formar una franja de Oriente á Occidente? ¿Adónde se ha ido á ocultar en ese mar sin orillas el disco plateado de la luna, que días atrás navegaba silenciosa, derramando por el espacio el cándido sosiego de su ténue palidez?

Toda esta palabrería me parece tan desapacible, tan tosca, tan barroca, al querer expresar lo que estoy sintiendo ante la vista del cielo estrellado, que me voy á callar, y seguiré contemplándolo embebecido en casto silencio. ¡Cuántos, antes de mí, os habrán mirado suspensos y meditabundos como yo! ¡Yo no soy el primero que os miro embelesado! ¡Qué de cosas habréis sugerido al corazón de las generaciones que ya no os volverán á preguntar el misterio de vuestra existencia! Desaparecieron ellas mismas en un fondo tan misterioso como del que habían nacido y del que he nacido yo también. Y vosotras, luces silenciosas, ¿desde cuándo estáis ahí brillando? ¿De dónde venís? ¿Adónde vais? Los griegos, sabios y soñadores á la vez, te veían, lucero de la mañana, que ahora te levantas sobre el horizonte, cual si salieras del fondo del mar, goteando blanquísimas espumas. ¿Cómo no envidiarte, oh rojo Marte, tu ventura al contemplarla tan bella y deslumbradora? Allí las hyades destilando rocío. Acullá, Arturo dirigiendo sus bueyes y su carro. ¡El pulgarito, cuya historia me contaban de niño, y que he oído conocieron los Richis del Sapta-Sindhu! Al lado la osa, y entre ellos, retorciendo sus anillos, la serpiente. Y la lira,



y el cán, y el cochero, y Perseo. Todos erais dioses para aquel pueblo poeta y filósofo. ¿Quién, sino vosotros, podía engendrar y traernos la lluvia, el calor, la nieve, los vientos? ¿Quién podía criar en las entrañas de la madre tierra los ricos filones de plomo argentífero, tan codiciado por los mercaderes fenicios, cuando venían desde las costas de Siria á las nuestras de Andalucía, lo cargaban en sus largas naves y lo llevaban á todos los puertos del Mediterráneo? Sólo tú, Saturno, padre de Júpiter, abuelo de los dioses. ¡Neptuno!, tú reinabas con tu tridente desde el carro de delfines sobre el líquido elemento; y tú, Urano, derramabas la lluvia que fecunda el seno de la tierra. Rodeado de los satélites de tu corte, te paseas, benéfico Júpiter, por las nubes del Olimpo, gobernando con el pestañear de tus ojos, con el movimiento de tu celestial cabellera los acontecimientos de los mortales, que bullimos cual enjambre en este bajo suelo, y nos arrastramos cual imperceptibles gusanillos. A tu disposición el águila, que nos augura tus designios; el trueno, que nos anuncia tu encono; el rayo, con que hieres al culpable. Mercurio, tu heraldo y alado mensajero, tu ministro de fomento, que enseñó á los hombres la medicina, el comercio, la industria.

Hubo un tiempo en que los griegos todavía no habían fantaseado todos estos entretenidos y sabios cuentos, por la sencilla razón de que no habían aún nacido. Ni siquiera habían venido á Europa sus progenitores, los pelasgos, los de las moles gigantescas, levantadas con peñascos en Tirinto y Micenas. El nombre romano no había sido pronunciado por humanos labios. En fin, que antes de éstas y de otras muchas naciones, vivió una raza de hombres, los primeros que vieron la luz del sol, los primeros que admiraron, como estoy ahora admirando yo, la majestad del cielo en una noche serena como ésta. También aquellos hombres tenían ojos para ver y fantasía para dar en ocurrencias tan geniales, y para urdir y tramar comedias tan bonitas como las de los mitos, que urdieron y tramaron los griegos, sus sucesores. Sólo que, como más en contacto con la naturaleza, como niños de la humanidad que acababan de abrir los ojos á la luz del sol (¡ó quién sabe si de la lunar!), debieron de quedarse todavía más atónitos, maravillados, asombrados y absortos ante el espectáculo que les rodeaba. Algo diría á su corazón infantil la vista de esa llanura sin límites, líquida y



movediza, que llamamos el mar, sin orillas y sin fondo; algo, ese horno de fuego que viste de colores las flores, de verdor los valles, de azul ténue las montañas allá lejanas y de blancura inmaculada sus altas y empinadas crestas; algo el murmurar del viento, el temblotear de las hojas en las selvas, el discurrir de las mansas ondas entre las guijas del riachuelo, el retumbar de la tempestad, el cantar de tanta variedad de canoras aves, etc., etc. Todo eso lo han cantado los poetas en mil tonos, ya sinceros, que salían como gemidos arrancados del fondo del alma, ya convencionales y falsos en los salones de sociedades embusteras. Aquellos primeros hombres creo que debieron ser poetas verdaderamente sinceros, porque sentían lo que se llama de veras. ¿Qué pensaron del mundo, de su origen, de los fenómenos que veían sucederse sin intervención ninguna de su voluntad, antes muchas veces contra lo que ellos hubieran deseado? ¿Quién hablaba en el trueno, quién miraba desde el sol ó atisbaba desde las estrellas, quién alentaba en el céfiro, ó soplaba airado en el vendaval, quién se entretenía en rizar y revolver las olas del Océano? Sin duda tenían que ser algunos seres más superiores que ellos mismos, seres que conocían, veían, oían tanto y tan bien como ellos, y de una manera más levantada y recóndita.

El problema del universo, el problema de la vida, del origen, del destino del hombre, quedaba planteado. De aquí arrancan la filosofía y la religión, que han tratado de resolver ese pavoroso problema. Si hemos de dar crédito á los *Gritos del combate*, en los que un gran poeta español ha sintetizado los sentimientos de la actual generación, ese problema aguarda todavía solución en el pecho de muchas almas. Ciertos glaciales vientos, venidos de la septentrional Germania, han congelado en el corazón de la actual sociedad las creencias y esperanzas que habían florecido en las sociedades de otros siglos más religiosos. El indiferentismo ha agostado la fe plantada por Cristo. Pero el problema subsiste, y si su historia es tan interesante por encerrar el pensamiento de la humanidad, su primer origen, su prehistoria, lo es todavía más, ya que nos puede llevar á la raíz misma de donde arranca, y conocido el origen ó causa de un fenómeno, queda á descubierto su misma naturaleza y esencia. He aquí por qué tiene y tendrá siempre interés el estudio de la antigüedad y de la historia, y, sobre todo, de sus orígenes.



La lingüística, ó ciencia de las lenguas, y la mitología, ó ciencia de las religiones, son los únicos medios que poseemos para internarnos entre las nieblas que más allá de la historia rodean los orígenes de la humanidad. Las palabras que hoy empleamos son monedas, desgastadas, sí, en parte por el roce de los siglos, pero que, habiendo sido acuñadas en aquellas épocas remotas, á donde no alcanza ningún otro monumento histórico, nos permiten descifrar en su carcomida leyenda lo que pensaron, filosofaron y creyeron las primitivas gentes. Las lenguas son los archivos del pensamiento humano; en ellas encontramos documentos fehacientes que nos dicen las ideas que pasaron por la cabeza de los hombres hace veinte, treinta y cuarenta siglos. Pero dentro de ese archivo hay un anaquel privilegiado donde se han coleccionado cuantos datos atañen á los dioses, quiero decir á la personificación de las creencias de los primeros hombres, de sus ideas religiosas, personificaciones creadas por el espíritu filosófico y vestidas de su rica y multicolor vestimenta por la fantasía poética de la primitiva humanidad: ese anaquel son los nombres de los dioses. El primero que tuvo la idea de entrar en ese archivo y dirigirse á ese anaquel fué Platón. Por orden suya, en el diálogo llamado Crátilo vemos á Sócrates y á Hermógenes revolviendo este tumbó religioso, que pocos años hace ha vuelto á desempolvar el insigne lingüista Max Müller, fundando así la Mitología comparada. En España, triste es confesarlo, la lingüística y la mitología son ciencias que hoy no se cultivan. Consolémonos con que no son las únicas que están en este caso. Dignísima excepción ha sido el genial, erudito y profundo pensador D. Estanislao Sánchez Calvo, cuya memoria acaban de honrar los asturianos. Por todas partes en Asturias he oído encarecer la agudeza y profundidad de su ingenio, la finura exquisita de su trato, la amenidad de su conversación, el tino que poseía para entreverar sus discretos razonamientos con algún dicho festivo ó sazónada conseja, que él solo había sido capaz de atesorar con sus vastas lecturas. En su obra *Los nombres de los dioses* aparece su personalidad tal como me la han pintado los que le conocieron. Tiene puntos de vista filosóficos, profundos y originales. Pero lo diré, desde luego; su defecto es el de la mayor parte de nuestros intelectuales: la falta de educación literaria, sólidamente dirigida y metodizada, la falta de verdadera



disciplina, que encauce y aproveche tanto derroche de dotes naturales. Increíble parece que un talento como el suyo, que comprendió lo que vale la lingüística en el asunto de que trata, no llegara ni á barruntar lo que es la lingüística. La ensalza hasta las nubes, la proclama como la única que ha de hacer caer el velo de Isis, pretende servirse de ella en todas sus investigaciones, y... no tiene un átomo de ciencia lingüística moderna, no la entiende; la entiende á la manera de Becano, de Tomassin, de Varron. Todas sus investigaciones particulares son, por lo mismo, telas de araña, que se deshacen al solo contacto de una mirada; al ir leyendo el más profano en achaque de lingüística, va destruyendo mentalmente tan aéreas y telarañescas fantasías. No bastan ingenio, lectura ni aun criterio; sobre todo, en materias de tan exquisita exactitud como las matemáticas y la lingüística, es indispensable un largo y sólido aprendizaje, una formación lenta y metodizada. El lingüista no se improvisa; aun dejando á parte el conocimiento de las lenguas, que exige largos y penosos trabajos, el manejo del método moderno, el conocimiento de los resortes de la fonética no pueden ser fruto sino de un largo y bien dirigido ejercicio. La enseñanza, como actualmente se da en España, es la más á propósito para que no pueda darse un verdadero lingüista y ni aun un verdadero hombre de ciencia entre nosotros. Basta de jeremiadas, y vuelvo á nuestro insigne asturiano, que, por lo dicho, yo considero cual exuberante planta tropical, pero nacida en clima poco adecuado, y cuyo cultivo estuvo desatendido.

Observaciones atinadísimas se encuentran, cual brotes naturales y espontáneos, en cualquier página de sus obras. De la naturaleza de los dioses nada sabemos, había dicho Platon; pero por sus nombres podemos conocer lo que han pensado de ellos los pueblos. Y en el Crátilo intenta descifrar esos nombres por medio de la lengua griega, aunque confesando que otros se tomaron de los bárbaros. Aquí nuestro escritor: «El error de Platón, y aun el de muchos mitógrafos modernos, consiste en querer averiguar ó descubrir el significado ó sentido de los nombres míticos en la lengua misma del país en que recibieron culto.» Indra, Pardjania, Aditya, no son efectivamente, nombres sánscritos, ni tan siquiera ariacos; Apolo, Athene, Baco y Perséfone no son nombres griegos, ni aun pelásgi-



cos: como no son castellanos de origen Dios, santo, diablo, demonio. Querer interpretar tales nombres por el griego ó el sánscrito, es como querer interpretar estos otros por el castellano. Al nombre de ¡o demo! huyen las viejas de Galicia, y si no huímos nosotros al de ¡demonio!, es porque somos ya tan malos como él, que otra cosa hacen las monjitas en el claustro. Pues ahora oigamos á Sócrates: «Yo afirmo que todo el que es demonio, es decir, *hombre de bien*, es verdaderamente demonio durante su vida y después de la muerte, y que este nombre le conviene propiamente.» Los demonios para los griegos eran los dioses de la edad de oro; el cristianismo les ha puesto los cuernos y el rabo. ¿Qué hace Sánchez Calvo? Acude á otras lenguas más antiguas, á las turanias y al Eúskera. A la civilización semítica de la Caldea precedió otra turania, que le legó ¡su escritura cuneiforme. Los semitas se sirvieron de ella; pero los nombres de cada signo eran letra muerta para ellos, sólo tenían significado en la lengua turania preexistente. Los modernos han reconstituido no sólo la lengua asiria y toda la historia de Nínive y Babilonia, escrita en la lengua semítica cuneiforme, sino hasta la lengua turania, que se encerraba en aquellos signos, la lengua llamada acadiana por unos, por otros sumeriana. Razón hay, pues, para acudir al turanismo, cuando las lenguas árias no dan más de sí. ¿Y el Eúskera? Ni siquiera saben muchos españoles qué lengua es. Allá, antes de los albores de la Historia, ha descubierto la Prehistoria la existencia de varias razas, que ocuparon el suelo de Europa antes de los Arios, sean éstos Celtas, Pelasgos, Griegos, Romanos, Germanos ó Eslavos; las razas de Canstadt, de Cro-magnon ó guancha, de Furfooz.

Aquellas antiquísimas razas solo nos han dejado grandes pedruscos (megalíticos), hachas y flechas de piedra y hueso, y espesos montones de conchas y otros relieves de sus primitivos banquetes. Si nos hubieran dejado un sólo libro, algo más sabríamos de ellos. Ahí está un libro y bien voluminoso: es el diccionario vascongado. Los Vascos ó eskaldunas pertenecen á una de aquellas razas, su lengua es el Bascuence ó Eúskera, que significa *el habla*. Con razón acude pues á ella nuestro docto asturiano.

Este nuevo derrotero abierto á la Historia y á la Mitología comparada en las primeras líneas de su obra, bien merecía que á su autor se le considerase como á un escritor genial,



por lo menos, por no decir como al fundador de la Mitología comparada del porvenir. No es esto sólo; él ha dado los primeros pasos por el nuevo camino y ha puesto los primeros jalones. El primero como punto de partida, el segundo como método. La noción de Dios en el hombre crece ó disminuye á medida que crece ó disminuye el pensamiento humano. Los mitólogos modernos asientan que la religión primitiva de los arios fué muy parecida á la de los salvajes de Africa ú Oceanía: el fetichismo. Sánchez Calvo se coloca enfrente de este punto de partida y dice: Si el fetichismo no es más que la adoración de una forma cualquiera material, sin representación *metafísica* ninguna, en este caso, el fetichismo no pudo ser de ningún modo la primera fase teológica de la humanidad. No se concibe que el hombre primitivo rindiese culto á un objeto natural sin ver en él la imagen ó la morada predilecta de un poder misterioso, *invisible*, pero manifestándose en ciertos fenómenos, y entonces deja de ser tal fetichismo y se convierte en una idolatría vulgar. El verdadero fetichismo no existe, pues, sino como una degradación en muy pocos pueblos, y aun en ellos, si se investiga bien, se encontrará seguramente un resto de la animación ó del espiritualismo primitivo. Hay que estudiar en la humanidad la idolatría, es decir, la adoración de un ente metafísico *desconocido*, pero cuya existencia deduce el hombre de manifestaciones de fuerza ó inteligencia que observa en los fenómenos de la naturaleza. El elemento metafísico se impuso al hombre desde el momento en que empezó á hacer uso de su razón por medio del principio de causalidad. Los hombres prehistóricos de la edad del bronce, del renacimiento ó de la piedra, eran espiritualistas ya, creyendo en multitud de agentes animadores de la naturaleza, al observar sus movimientos, ni más ni menos que aquel perro que ladraba á un paraguas movido por el viento. Cuanto al método, el señor Calvo se decide terminantemente por la lingüística comparativa de todas las lenguas. La religión y la mitología son contemporáneas de la razón humana, por consiguiente ni el griego ni el sánscrito, que son de ayer, bastan para descifrar los nombres de los dioses, que proceden de la primitiva humanidad. Los mitos no pueden ser comprendidos y apreciados, dice Grote, si no se refiere uno al sistema de concepciones y creencias de las edades en que nacieron. Pero ¿dónde encontrar ese mito primitivo, y á qué raza ó á qué pueblo hemos



de recurrir para verle nacer? Le encontramos formado y más ó menos joven en el Aria, en Grecia, en el Lacio y en Germania, en Asiria y en Israel; más, ¿dónde puede estar su cuna? La Lingüística es el único y más poderoso auxiliar que en este caso se presenta. De aquí que el autor nos hable luego de la lingüística y después del turanismo y del eúska-ro, como fuentes las más antiguas que nos pueden llevar á la lengua primitiva, á la cual pertenecen los nombres milóto-gicos. Si después, á pesar de partir de donde debía y de emplear estos medios de investigación, nada ha conseguido nuestro abortado mitólogo en los demás capítulos de su obra, débese, ya lo he dicho, al completo desconocimiento que tenía de la verdadera lingüística, que es el método moderno, comparativo é histórico. Saquemos, pues, como moraleja de estas líneas, que aunque es verdad que, *quod natura non dat, Salmantica non praestat*, no lo es menos que las mejores condiciones naturales dan frutos abortados, si no se cultivan con una severa y larga disciplina literaria.

JULIO CEJADOR.



# LA VIDA LITERARIA

## LA PROTESTA DEL LIBRO

**A**LGUNOS lectores reflexivos me han indicado la oportunidad, y aun la conveniencia, de presentar en letras de molde la protesta de una humilde personalidad. Mal traída y llevada por unos, menospreciada por otros, y desconocida por la ignorancia supina de los más, urge, según ellos, protestar contra todo esto en nombre de la humilde personalidad del libro. Fueron, á no dudar, indiscretas y pecadoras plumas las primeras que arrojaron á la faz del público paciente este bochornoso estigma: *Los españoles no leen*. La cual frase, traducida al castellano, que todos entendemos, venía á declarar, *urbi et orbi*, que para el pueblo español están demás los libros, las revistas y los periódicos.

Claro es que, con buena ó mala intención, esas mismas plumas, tratando de mitigar un tanto su crudeza, añadían á renglón seguido que sí, que los periódicos aun encuentran lectores, pero que los libros y las revistas... nadie los lee. Y yo añado, por mi parte, que esto no puede sostenerse sin dañada intención ó sin una inconcebible ignorancia de las cosas. Y lo probaré. Si se trata de restar lectores al libro, siempre indispensable y utilísimo, para sumarlos á los *rotativos*, puede muy bien asegurarse que es una labor pésima, una labor contraproducente. En fuerza de despreciar la lectura instructiva ó amena de las páginas numeradas, se llegaría lógica y fatalmente al desprestigio de todo género de lectura. No sucederá, ó mejor dicho, no sucede porque no es ese, por fortuna, el camino que seguimos; y se ve todos los días que allí donde existen más librerías y más lectores y más afi-



cionados á los libros, allí precisamente encuentran revistas y periódicos un núcleo más numeroso de público inteligente y asiduo.

Y ahora cabría preguntar á los observadores imparciales y atentos de nuestra marcha: ¿Hace cuarenta años, hubiera podido sostenerse ni quince días siquiera la vida de tantas revistas ilustradas, de tanto periódico independiente y de tantas casas editoriales como existen hoy día entre nosotros? En conciencia, puesta la mano sobre su corazón, habrían de contestar negativamente. ¿Cómo ni cuándo? Ni en sueños le hubiera ocurrido á ningún honrado vecino, que se hallara en su cabal juicio, montar una gran casa editorial con material nuevo de imprenta, con talleres de grabado y fototipia, con máquinas perfeccionadas, cuando todo ello significaba el gasto de unos cuantos miles de duros... Ni en sueños; y, no obstante, esto se ha hecho en Madrid, en Barcelona y en otros puntos de la Península con grandes y positivos resultados. No cito las casas; basta con que recordemos las obras magníficas por la limpieza de su tipografía, por la hermosura de sus grabados y dibujos, que pasaron años atrás por nuestras manos. Hablen con la muda pero convincente elocuencia de los hechos las obras admirables de Cervantes, de Ariosto, de Dante, de Milton, de Campoamor, de Zorrilla, de Castelar, de Lafuente, de Pi Margall, de Antonio Flores, del Duque de Ribas, de Vilanoba, de Michaud, de Gillermin, de Spencer, de Malte-Crun, de Thiers, de Otto Von Leixner, de Greeley, de Brehm, de Cronau y de todos los grandes historiadores modernos.

De algunas de estas obras tan magistrales por la elevación de su pensamiento, por la amplitud de su criterio, por la trabazón lógica de sus ideas, por la lozanía y la magia insuperable de su estilo, se hicieron numerosas ediciones de diez, de doce y de quince mil ejemplares que han circulado por todas las librerías de España. ¿Prueba acaso esta abundancia de



obras escasez de lectura? ¿No supone, por el contrario, una afición al libro creciente y sostenida? Esto en cuanto á los editores. Respecto á los autores señalaremos igualmente los hechos. Siempre que se presentó en la palestra una inteligencia sólida y briosa, sostenida por una firme voluntad, ha respondido, desde luego, un numerosísimo público aceptando sus obras, recompensando de un modo ó de otro su trabajo. Y como prueba de mi aserto ahí van, por orden de antigüedad, los nombres de algunos de esos ilustres luchadores, los nombres de Benot, de Pi Margall, de Barcia, de Castelar, de Concepción Arenal, de Fernández Cuesta, de Pérez Galdós, de Menéndez Pelayo y de otros que no cito.

En plena juventud se satisface uno con lanzar al mundo de la publicidad unas estrofas, un cuento, un poema, un artículo de polémica, una página brillante de prosa, algo en que rebose el entusiasmo y la sávia juvenil. Más adelante, el anhelo de un pensador ó de un artista es el de condensar en un hermoso libro la médula de un gran pensamiento, ó el vaciar en candentes páginas las mil ideas atormentadoras que formaron tumulto en su cerebro, ó llenarlas ampliamente con los rumores, los afectos, las falacias y las ambiciones de ese mundo que vemos á diario, con la evocación de esos lozanos hijos de la realidad creadora que tanto nos conmueven y encantan, haciendo una obra de arte llena de luz, de pasión y de vida. Ahora bien, para que un autor de valía halle lectores precisa que publique sus trabajos en ciertas y determinadas condiciones. Por esa falta de condiciones es por lo que el escritor que lucha sólo se ve en ocasiones vencido y desilusionado, creyendo que el público indiferente le ha vuelto la espalda. Á esto más que á otra causa debe atribuir el que le falten lectores si merece tenerlos. Estriba, pues, todo su error en creer que basta contar con una envidiable cosecha y recoger excelente vino para venderlo á buen precio. Se



venderá, en efecto, si se encuentran á mano inteligentes comerciantes que lo expendan y comisionistas activos que lo acrediten.

Un autor no puede dar á la estampa un libro y venderlo por su cuenta sin una enorme y apabullante pérdida. Lo ha de vender á los libreros en condiciones desventajosísimas. Se halla solo; no puede defenderse. Nuestro público no conoce todavía los sinsabores y las angustias del escritor que lucha, trabaja y produce enormemente para lograr vivir de sus libros. Cuando algún compañero de armas y fatigas se ha lamentado en mi presencia de esta desproporción de medios con que cuenta el escritor, de estos abusos inconcebibles, de este ambiente de hostilidad que encuentra en el comercio, le he repetido mi idea favorita: Para evitar eso que parece una fatalidad, no hay otro medio que la asociación. Falta generalmente á nuestros escritores un poco de ese sentido práctico que tanto abunda entre los ingleses. Les falta, además, el espíritu de solidaridad, de asociación, de compañerismo, de un noble y desinteresado compañerismo. Los autores de comedias y libretos les han dado un buen ejemplo. Hallaron el medio de defender sus derechos. El día en que los escritores, así de ciencias, teorías y aplicaciones como de letras y artes se asociaran, se vería plenamente de qué manera tan sencilla habría de fructificar el trabajo de tantos hombres inteligentes y laboriosos, explotados por extraños.

Siempre se ha considerado á la propiedad intelectual como la más vana, indefensa y efímera de las propiedades, siendo en realidad una de las más grandes y respetables. Así es que cuando se habla de los derechos de esta propiedad, suena esta palabra como cosa bien extraña en los oídos de la gente. Por lo tanto, si se quiere con decidido empeño que se respeten estos sagrados derechos de la propiedad intelectual, empiecen los autores mismos por hacerlos res-



petar en cuanto se pongan en tela de juicio. Es el primer paso para hacerlos efectivos. Después, á su debido tiempo, la asociación de todos los haría fructíferos. Y entonces, cada escritor, si acertaba á dar realce á su labor con la amenidad, la gracia picante y atractiva, la noble y honda sinceridad y aquella amplitud y renovación de ideas que exigen los tiempos nuevos, vería por sus propios ojos cómo aumentaba el círculo de sus lectores y llegaba el turno para la venta de sus libros. Y si vino del campo de aquellos *filisteos* que dudaban de que hubiese lectores en España, se convencerán plenamente de su error, originado acaso por observar desde un punto de vista falso, por falta de administración, por escasez de recursos ó por circunstancias especiales.

JOSÉ M. MATHEU.



## INFORMACION LITERARIA

### UMBERTO SAFFIOTTI P'EL CAMPANILE DI VENEZIA

ESTE hermano nuestro en arte acaba de publicar tres libros: *Alegoria della Vendemmia*, *Le fontane* y *Pel campanile di Venezia*. Son tres libros delicados y suaves que turban profundamente el alma sin más que ver los grandes márgenes blancos y el ensueño que sube de sus portadas místicas. Abro los libros, y el que más me seduce, acaso porque yo también estoy lleno de nostalgias y de amor al pasado, al pasado lejanísimo, irrevocablemente muerto—¡oh Israel!—es *Pel campanile di Venezia*.

Venecia, la divina, la ciudad de ensueño, hermana en el recuerdo de Granada, de Sevilla y de Jerusalem la santa y la ungida, tenía sobre sus ondas verdes, sobre sus canales henchidos de quimera, un campanile, y sobre el campanile un ángel de oro, desplegadas las alas de oro, al sol, como una victoria del destino y del tiempo, como un triunfo perenne de la belleza y del arte sobre los siglos. Y un día, el campanile cayó, el ángel de oro, símbolo fulgente de la fuerza del arte, cayó, y los poetas lloraron. Tras el campanile caído, rendido por fin al tiempo y á la suerte, presintieron que un lugar de ensueño se iba de sobre la tierra.

Umberto Saffiotti, el noble poeta, ha dedicado un libro al campanile muerto. Un viejo veneciano, que ha amado toda su vida el ángel de oro, vibrante de luz y de fuerza, cada mañana, amigo de las estrellas y del silencio en los crepúsculos azules, y en las noches de luna, uno de esos viejos amantes de la ciudad de su niñez, de las calles viejas y de las plazas viejas, viejo, hermano de mi corazón, no puede sobrevivir á la muerte del ángel de oro; cuando sus ojos miran aquel día y no encuentran el angel de oro con sus alas desplegadas, como siempre, como una victoria sobre



la vejez y sobre la suerte, el noble viejo, preferiría estar ciego á que faltase de su sitio el ángel de oro. Dios sabe cuánto tarda la verdad en penetrar en su corazón. Sus ojos no ven, la luz no ha amanecido aún, todo antes que el ángel de oro, victorioso y triunfante no esté allí. El viejo — quisiera tener una palabra muy sublime para este viejo — conoce cuán ligada estaba su vida á la del ángel de oro. El viejo conoce que el tiempo triunfa al fin, que tras el ángel, símbolo de todo el pasado, serán los palacios, serán las góndolas, será la Venecia de ensueño la que caerá, vencida y muerta para siempre, para siempre. — ¿Verdad, Jerusalem? — Y el viejo, que no puede resignarse — ¡oh, cuán hondo ama el alma! — se hace profeta, se hace apóstol, se hace vidente, dijérase que se aureola de un nimbo, y su voz se hace enorme y poderosa, se hace voz sobrehumana y grita á la juventud, á los fuertes de hoy, que si la vida ha de tener un ensueño, es preciso reedificar lo antiguo con las mismas piedras, que cayeron por viejas, y que tenían por viejas ensueño y quimera. Y este es el argumento del poema de Saffiotti y el viejo es él, su noble alma, amante de la belleza muerta, la más divina belleza.

Quiero copiar un fragmento:

#### LA PIAZZA

La folla intorno al angelo caduto.

Quale morte l'a ucciso?

—Non certo il tempo...

perche il tempo non sapera

dargli un colpo mortale...

perché quel Vecchio di pietra incutera

rispetto al Vecchio di anni...

Ma quale morte l'a ucciso?

E stato il dolore di sapersi abbandonato é di vedersi obliato e smarrito...

Il vecchio. Ma noi sapremo da capo inalzare  
quell'angelo d'oro che geme  
e quando avremo di nuovo  
quel vecchio inalzato al suo posto  
con le vecchie cose composto  
come un mosaico nuovo  
e dentro ci avremo infusa



tutta la nostra gioia e  
 tutto il nostro dolore  
 e quel fervente ardore  
 que sa la forza del tempo  
 e non la viva febre dell'ora,  
 e dentro vi avremo infuso  
 la vita que scorre nel sangue  
 nostro

allora l'angelo  
 aprira ancora le sue ali d'oro...

La folla... Quello é questo vecchio  
 qui parla come un profeta!

Il vecchio. E quando sara inalzato  
 noi diremo á nostri figli che non cemento novo  
 c'é messo, ma é quello che noi abbiamo attinto  
 pietra venuta dal mistero é dal ignoto, annerito  
 [dal volger desecoli...]

Un día, repasando las notables fotografías de Jerusalem, de Q. Sakmann, viendo pasar las enormes minas, las moles caídas, negras y con hierba, pensaba yo lo mismo, que si alguna vez hubiera de reconstruirse para los poetas y para los sacerdotes la Jerusalem ideal, habría de reconstruirse, como dice Saffiotti, con aquellas piedras venidas del misterio y de lo ignoto, ennegrecidas por el ensueño de los siglos.

Umberto Saffiotti es una noble alma de poeta. Su poesía es una poesía mística, que debería leerse, como las epístolas de Juan de Patmos, con las manos alzadas. Jamás viene nada á turbar la áurea pureza de su estilo. A veces repite una frase hasta obsesionar, como ocurre en los versículos bíblicos y en la excelsa poesía de Jehuda Hakadosck, y la frase siempre dorada y mística se va entrando en el alma hasta convertirse en un símbolo. De los autores modernos al que más me recuerda es al divino Gabriel D'Annunzio. Saffiotti es un enamorado de la Roma pagana, de la Roma gentil, que será siempre, y no la cristiana, la eterna en el amor de los hombres. Cree, y yo con él, que el verdadero superhombre—yo prescindo por un momento del David, de Leonardo de Vinci,— fuerte en todo, triunfante en todo, guerrero, escritor, emperador y esteta, y siempre hombre-*vir*, símbolo el más alto de lo que puede ser la humanidad, es Julio César, el Julio César del drama de Corradini. Podía



haber dicho también que Nerón, aun cuando éste no sea tan completo como Julio César. *Mulier omnium hominum, vir omnium mulierum*, que dijo el clásico, y siempre grande y colosal y eterno.

Saffiotti, que á más de poeta, es un poderoso crítico, trabaja siempre por el ideal de unión de la raza latina, frente á la influencia anglo-sajona, frente á la invasión de los bárbaros modernos, de los salvajes de esta edad que nos imponen su hulla, sus horribles botas y su cielo negro. ¡Atrás los bárbaros! Saffiotti no ha incurrido en el error de muchos de creer débil y desvalida y agotada á la raza latina, eterno manantial de fuerza y de vida: no se ha dejado engañar por esos hombres musculosos y brutales que nos envían los gimnasios de Alemania; les ha dado su verdadero nombre de bárbaros, de raza bárbara nueva que necesita una decadencia para ser verdaderamente fuerte—la verdadera fuerza, el arte y lo bello,—y frente al superhombre de Nietzsche, brutal, agresivo y egoísta, opone la divina figura de J. César, verdadero *Divus*, grande, fuerte, magnánimo, generoso.

Umberto Saffiotti es muy joven, joven entre los jóvenes. Ha publicado varios libros. *Roma*, gigante canto á Roma, la madre eterna de los hombres; *Allegoria della Vendemmia*, *Le fontane* é innumerables artículos de crítica y poesías en periódicos italianos. Su obra tiene extraordinaria unidad. Toda ella es el ensueño de una restauración pagana sobre la tierra. Toda la tierra por Dyonisos. Hermoso ensueño. Inútil decir que soñamos con él. Nosotros soñamos una tierra nueva, fecunda y amable, en que la mujer y el hombre no se teman ni se huyan.

Creo que los lectores de HELIOS me agradecerán la presentación de este noble hermano, ungido por el ensueño y la divina poesía. Su ideal es el nuestro: que la raza latina sea una y grande. Su arte es un arte pagano, sereno y terso como los mármoles de Grecia, con una áurea vena de sol. De los jóvenes de Italia me parece acaso el más completo. Es soñador y fuerte. Yo envió desde aquí á Saffiotti — ¿verdad que es muy lindo nombre? — mi abrazo más efusivo.

RAFAEL CANSINO.



## LETRAS DE AMERICA

### PRISIÓN DE COLORES

**M**E parecía tan hermosa aquella cabeza, que un día resolví copiarla, con todo y estar el cuadro á treinta metros de altura en la cúpula de la catedral. Soborné con dinero á un sacristán, y una mañanita me coloqué en trémulo andamiaje, con el caballete delante, ligeramente arrepentido por el bamboleo del maderamen y porque la cabeza modelo vista de cerca perdió parte de su melancólica dulzura y se me agrandó hasta pasar del tamaño heroico. No obstante, emprendí la obra, no tanto ya por estudio cuanto porque allí, á pesar del susto, se estaba tan bien..... Había en el seno de la cúpula una remansada disolución de colores, que pasaban cernidos por los cristales pintados de las ojivas y las ventanas, y un silencio casi campesino.

De pronto subió una golondrina como una flecha y se detuvo en una media caña esponjando el plumaje y mirándome, ladeada la diminuta cabeza. ¿Qué haces ahí, bobalicón? parecía decirme con su curiosidad. Siguió después tan impávida, peinándose las alas pluma á pluma con el pico y sin afán, como si no le corriera prisa el irse.

Espantada más tarde por un ruido, se lanzó de frente á salir por un vidrio á cuyo través se veía el cielo; tropezó en él y volvió á su puesto—Ya saldré cuando quiera. Y siguió la muy coqueta repasándose amorosamente las plumas una por una. No pone más cuidado una belleza refinada en repulir sus encantos. En ello estaba, cuando ¡zas! se le plantó al lado y ala con ala la compañera que hacía rato volaba desesperada haciendo serpentinas por entre las naves de la iglesia.

Rozáronse los cuerpos con íntima delicia, y empezó el murmullo:—¿Sabes que aquí estoy muy bien? Mira, mira que luz. Es un amanecer perenne. Cómo se adoran aquí los colores unos á otros, y se besan y se desmayan. Otra vez hemos de hacer el nido en una de estas cornisas ¿verdad? Se acentúa tu belleza entre ese nimbo de rosa pálida.



—Sí, sí; un nido aquí, un sueño; pero pensemos por ahora en el que nos espera en el agujero de las ruinas.

Tenía el aire en aquel espacio rojo, azul, violeta, borricados y desleídos uno en otro, y, lo que era mejor para las golondrinas, una paz misteriosa que convidaba al arrullo.

—Cierto que nada se oye, á pesar del embolismo que se ve allá abajo.

—Ah, sí, esto es una gloria, no tiene de humano más que el incienso que sube del altar, pero ese perfume se espiritualiza en el camino y llega aquí como un recuerdo.

—Y este buen señor tiene tanto miedo de verse á tal altura, que apenas si nos mira; pronto se irá. Con que para otra vez.... lo dicho. Lo mismo da subir las pajas y la seda hasta aquí; y se me figura que suena mejor el canto en esta urna solitaria que en el agujero de las ruinas.

—¿Vamos? Ya los veo abrir tamaños picos, y nos aguardan desde que salió el sol.

Movidas por el mismo impulso se lanzaron hacia un cristal incoloro, y retrocedieron; buscaron otro después, y otro enseguida hasta que no dejaron ninguno por donde no probasen á encontrar camino. Separadas, la una por aquí, la otra por más allá, iban y venían admiradas de aquella congelación del aire y apresurando el vuelo.

—¿Qué ha sido esto, Dios mio? Se cristaliza el espacio.

—Aguarda, no te asustes; descansa un momento.

El sufrimiento se apoderó de las dos; encontrábanse en la mitad del recinto, daban una vuelta juntas y tornaban á separarse. Al fin se detuvieron otra vez ala con ala sobre una moldura.

—¿Oyes? Perdóname; yo venía detrás de una mariposa dorada, buscando alimento para ellos.

Como si lo importante para vencer aquella angustia fuera no perder tiempo, arrancaron un momento después. No había mas que descender un poco para salir por donde entraron, pero el cristal las engañaba con su transparencia, y no cesaban en la porfía. Al fin se convencieron de que era malo acercarse demasiado á los colores y se detenían á corta distancia de ellos.—Escucha, déjame pasar, y, si tu quieres, no vuelvo. Son las doce, y mis hijos no toman alimento desde el alba, hora en que les llevé una mosca madrugadora tan chiquitita que el más goloso se puso bravo. Verdad, que me das permiso?... Ay, no, qué malo eres.



Volaban á otra parte.—Ven por aquí, amada mía, este óvalo azul hijo del cielo es más benigno; lo azul es tan amable..... el de la inmensidad, al menos, no nos ataja nunca, no, que nos mece y nos acaricia.

Y tropezaron las dos á la vez contra un cristal de azul apacible como los ojos de un serafín.

—¡Ay! Tú eres un azul malo, hijo bastardo del espacio.

—Por aquí, bien mío; mira ese ojo de rosa, recorte de la aurora.... ¡Infame! Casi nos ha matado. ¿Qué hacer? Por ese triángulo rojo no te metas, tiene color de sangre.

De ahí en adelante no se dieron punto de reposo, trazando y repitiéndolas en el aire todas las figuras de la geometría.

Mirando á los amantes doloridos sentí que me nacían alas y que me dolían; olvidé la copia de la cabeza y probé á espantarlas tirándoles con el cendal en que limpiaba los pinceles; mal remedio, porque si antes no intentaron descender, ahora se fueron á lo más alto de su diáfana prisión.—Estándome inmóvil bajarán, me dije. Tampoco así, le tenían horror al ambiente enlutado de la iglesia, y no trataron ni una vez de volar cabeza abajo.

Las cuatro de la tarde, y aun se movían con la misma pasmosa rapidez de la mañana; era extraterrestre la fuerza que las movía.

—En cuanto me vaya se irán, dije tomando el sombrero; y salí precipitadamente.

Desde el suelo volví á mirarlas. Allá estaban en su locomanía.

La pura verdad; aquella noche no me acordé un momento de las golondrinas ¡eran tan pequeñas! y tan vago é insípido, al parecer, el drama de su vida. ¿Cómo entregarme á romántica sensiblería pensando en dos dijes que me cabían en el puño? Al día siguiente muy temprano torné á la cúpula y la hallé convertida en silencioso carnaval de colores; el amarillo volvía biliosas las caras de los santos en que caía; el azul enfriaba la cabeza de una virgen, dejándola desencajada como si anduviera por sobre nieve; el rojo inflamaba de vida un enjambre de ángeles cual si volvieran de una batalla vencedores.

Vuelta á mi estudio.

De repente oí una notita fina y corta, y miré sobresaltado sintiendo un como culebreo de remordimiento. Sobre una



cornisa estaban ala con ala, ladeadas las cabezas, mirándome con afán.—¡No puede ser!—dije levantándome.

Sí tal. Lucharon hasta que anocheció y se estuvieron quietas después en el cuenco de un rosetón; alzaron la patita como de costumbre, metieron la cabeza debajo del ala y lloraron hasta media noche pensando en el agujero de las ruinas.

Después la madre había soñado con una crueldad: era una copa blanca como una magnolia, llena de rocío, que estaba junto al nido; la golondrina contaba sus plumas, las hallaba completas, alzaba el vuelo, y una mano invisible la detenía. ¡Oh, los tormentos de la sed! ¿Por qué no le devolvían sus alas? Aquel cuerpo antes rápido y ondulator pesaba como el oro, pero nó, que allí estaba todo su ser.—Eres tú, eres tú, dulce cielo mío, el que ha cambiado... Una gotita como una chispa la enloqueció hasta que vino el alba.

El padre había pasado en otro delirio la media noche: volaba alrededor del nido con un gusanillo en el pico, mas al ir á repartirlo, aquello se le volvía una serpiente que se achicaba cuando él retrocedía.

—Dinos, tú, ¿cómo vamos á salir de aquí?

—Sí, sí, dinos cómo.

Y me miraban con angustiosa tenacidad, casi rendidas.

—Desde ayer á la madrugada nos esperan, y hace tres tardes que nacieron.

—¡Y hace tanto frío!

Sin reflexionar, les hostigué otra vez con el jirón de trapo untado de colores. La una se encumbró como el día anterior. La otra se quedó inmóvil. Le era indiferente la manera de morir.

Me espantó el susto de las golondrinas, y dejé la copia para otro día. Pero era una obsesión, una piedra enorme colgada al cuello; en el rebullicio de las calles no pude olvidar la amante pareja; pasaban y pasaban por mi memoria como estrellas errantes haciendo con sus buches blancos los relámpagos de la sardina en el agua. Mil veces quise detenerlas con el pensamiento sobre un capitel, y, á mi pesar, se lanzaban al vacío. Como si mi cabeza se hubiera tornado en la prisión de colores las sentía ir y venir dentro de mí, y me dolían. No pudiendo soportar la punzante ilusión, me encaminé á eso de las cinco á la catedral,



acariciando el amable pensamiento de que se habían marchado.

Allí estaban.

Dos días de volar sin descanso, y sin una gota de agua donde humedecer el pico. Pero su vuelo ya no era rápido y á nivel, tenía el desaliento de la curva que se resiste á subir, y apenas si lo sostenían dos segundos de seguido. Cuando pasaban iban con las alas caídas y el cuerpo vencido, si no era que se acostaban; el pío se les había muerto en la garganta, como acaso habían muerto sus hijos en el agujero de las ruínas. Era una agonía silenciosa, sin una queja, sin un reproche.

Tendida estaba al fin una de ellas, y dando vueltas la otra alrededor, parecía decirle que no se fuera, que probarían otra vez á romper el incendio de colores. ¿Era que no se acordaba ya del encanto de las ruínas? ¿Había olvidado que allí no había más que unas hebras mal boricadas y dos seres abandonados, tan poca cosa en el mundo, que podía matarlos una caricia del viento, y tan pequeños, que le cabían los dos entre un rizo de su plumaje?—No te duermas, no te vayas. ¿Qué hago yo sin tu amor?

—No puedo más, dueño mío.

—¿Pero no ves que me quedo?

—Sí, mi bien, pero si vieras qué dulce es morir... ¡Ay, no!... ¡es horrible!... Cuando salgas de aquí, corre, corre y bésamelos; llévalos migajas de mi cuerpo, dales mi corazón, y arrúllalos después como lo hacíamos en las noches blancas, cuando cantábamos alborozados viendo cómo nos bordaba el nido un rayo de la luna.

—¿Te acuerdas? ¿Por qué me dejas entonces?

El aire del santuario anochece.

Recostado en el caballete, contemplaba yo en silencio el remate de la tragedia.

Piano, leve, dulce, tímida se desprendió del órgano una nota de bajo profundo que pasó por las naves temblando como la voz de un anciano; tras ella surgieron otras, y otras, graves unas, delgadas esas, plácidas todas. Era que el organista ensayaba, por rara coincidencia, un *requiem* de infinita tristeza.

El haz de sonidos se abría inundando la cúpula, que vibró blandamente como en un gemido de amor. La golondrina moribunda oye aquello y se endereza. Las dos olvidaron



el hambre, el cansancio y la muerte, y en una agonía espiritual, se pusieron á cantar á píos. Dos notas plumadas que se perdían en las del *requien* para volar á lo azul. El canto feliz que hincha el seno al columbrar las colinas azules de la patria.

Ni habiéndole dicho al artista del coro «corred á tocar lo más doloroso que sepáis» hubiera acertado con otro aire más melancólico ni más solemne. ¿Sabía él acaso del drama de la cúpula? ¿Algún ser querido se le moría en aquel momento? ¿Le había engañado la mujer amada? ¿Por qué tocaba, pues, esa tristeza?

Y cantaban las golondrinas á compás de aquel amargo sueño.

Las notas partían del órgano á rasgar la oscura neblina del templo, separadas, en manojos á veces, incisivas, envenenadas de melancolía como dardos salvajes, é iban á quebrarse en el púlpito, en los altares, en las columnas, en la cúpula, y retrocedían en un desgranamiento de chispas armoniosas. Como arroyo que crece, se engrosaba el concierto en majestuosa ampliación; la mano trémula abarcaba montones de teclas; el órgano se retorció como si se le arrancara el alma, haciendo estremecer la catedral; aplaudía la muerte al que le compusiera la cántiga sombría, y llegó el momento de una como rompiente de gloria: pasó el organista la mano con furia por todo el teclado, retumbó el santuario conmovido, crugieron los cristales de la cúpula, y asustadas las golondrinas, se lanzaron al vacío... Toparon con un tablero, y todo quedó en silencio.

Por entre el aire pardo las ví caer tan suavemente como dos pétalos desprendidos de una rosa.

Al pié del altar las encontré como una oblación, erizado el plumaje del cuello, expresivas las alas y obedientes igual que los brazos de los niños muertos. Mis ojos se fueron al Santísimo y mis labios formularon en silencio la pregunta.

Allí se las dejé.

En la calle, deseando olvidar aquel tormento, comencé á ceñir inconscientemente á la música del *requien* estos dos versos del señor de las Doloras:

«¿Por qué habrá tantas cosas que en la tierra  
quitan las ganas de mirar al cielo?»

SAMUEL VELASQUEZ.



# LOS LIBROS

RUBEN DARÍO ♦ LA CARAVANA  
PASA ♦ ♦ GARNIER HERMS.  
PARÍS, 1903 ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ ♦

HABIENDO la idea de lo que debe llamarse «Historia» evolucionado en estos nuestros tiempos por manera tan radical, bien podemos decir que Ruben Darío, el altísimo poeta que es gloria inigualable de la actual generación hispano-ri-mante, es, por obra y gracia de este su último libro, consumado historiador. Tanto, que nunca podrán las sabias prosas, escritas por varones doctos en la vetusta «Ciencia de los hechos», dar á las futuras generaciones, si acaso sienten ellas curiosidad de escudriñar el vivir pretérito, conocimiento de la vida en nuestros tiempos, como estas prosas ligerísimas de frase, chispasaltantes de ingenio y rápidas de juicio, en que Ruben Darío dice á sus paisanos, desde las columnas de su diario, cómo vive Europa la vieja, y le habla de sus reyes y de sus hetairas, de sus revistas militares y de sus carreras de caballos, de los libros que el genio hace florecer y de las reinas que el puñal anarquista hace morir.

Ruben Darío cuenta un viaje por Europa: está en París y habla de las canciones callejeras, y de las damas de *chêz Maxim*, y de los perros y del espiritismo y de los milagros de Lourdes juzgados por un canónigo que es buen católico, y de la *Gran Semana...* y de la muerte. Y el alma contemporánea de París, alma con rostro embadurnado y sonrisa venal, que es como mueca de tristes presagios, queda, para *in æternum*, grabada en unas pocas páginas de un libro pequeñito, que tantas gentes doctas y sesudas, — de esas que piensan en problemas sociales, — desdeñarán con sólo saber que lo escribió un poeta.

Ruben Darío va á Inglaterra, y hace del carácter inglés sutil análisis psicológico. «Todo inglés es isla.» Con esta frase penetrante y definidora resume su labor y habla de poderío y de guerras en países remotos...

No hemos de seguirle en su viaje. La caravana que pasa ante sus ojos es bien que conserve toda virginidad para el lector futuro, sin desfloramientos por parte de este mi *reportaje* literario.

Quiero solamente decir que de este libro lo que más me admira es cómo el autor ha sabido prescindir del *egoísmo impre-*



*sionista*, que es peculiar á todos los poetas — en verso ó en prosa—que narran viajes: al escribir acerca de un país, los viajeros artistas suelen describir única y exclusivamente su propio espíritu. «Sentí, reflexioné, evoqué», y esto hace que libros de tal índole sean, aun cuando alcancen grado de obras maestras literarias, — tal el maravilloso «Sur l'eau» de Maupassant, — si preciosos para los artistas, poco interesantes para el público en general. El cuento de viajes de Ruben Darío — selecto como suyo—es, sin embargo, de interés universal, libro de público, que alcanzará rápida y amable y legítima popularización.

Por ello, maestro poeta, hemos de daros gracias todos los que quisiéramos hacer entrar en el pan cotidiano de las multitudes el grano de sal del amor al arte: estos libros preparados por el genio, con amable condescendencia para las muchedumbres, son como cuentos de hadas que al alma niña enseñan horizontes de belleza: de tales limosnas habéis de ser pródigos los que, poseyendo el secreto de la exquisitez, aun en lo pueril sabéis ser exquisitos, los siempre inspirados y siempre poetas. Las palabras que decís al vulgo narrándole los eventos vulgares que ante sus ojos pasan, suenan á inspiración y acostumbran su oído al noble sonar de la poesía. Los ricos y los poderosos—y más los poderosos y los ricos del egregio poder y la luminosa riqueza de espíritu—deben siempre pensar en los niños y en las multitudes. Escribid muchas veces para los niños y para los incultos los que sabéis hablar la lengua de los dioses; que vayan poco á poco aprendiendo los hombres, de vuestros labios, como se habla con la Divinidad.

Son las palabras aquellas gotas de agua del proverbio que horadan la dureza de la roca. Para los rudos corazones, nuestros contemporáneos, palabras de hermosura: pues qué, maestro, ¿no creéis que es posible que las nobles palabras escuchadas una vez y otra vez hagan, como semilla, germinar nobles ideales?

G. MARTÍNEZ SIERRA.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ ✧ LA  
CATEDRAL ✧ SEMPERE Y COMP.ª  
VALENCIA, 1903 ✧ ✧ ✧ ✧ ✧

**C**IERRO el libro. La habitación va poco á poco quedándose en tinieblas, y yo, mientras las sombras se alargan para encontrarse unas con otras, mientras el azul del cielo y el rojo fuerte del tejado vecino se tiñen de negro, confundiéndose, quiero pensar en lo que acabo de leer, quiero sentirme dentro de la



grandiosa catedral toledana, y quiero ver al pobre Luna encogido en el suelo, con el cráneo deshecho, manando sangre que le tiñe el rostro, las manos crispadas y los ojos abiertos y fríos, como de cristal.

Todo esto quisiera sentirlo dentro de mí, quisiera verlo, pero la lectura que acabo de dejar no hizo surco en mi cerebro, y sólo acierto á ver la oscuridad de mi gabinete.

La última obra de Blasco Ibáñez es inferior á todas las demás del mismo autor. En *La Barraca*, en *Flor de Mayo*, en *Arroz y tartana*, en todas las regionales, el novelista ha vivido el ambiente, ha visto á las personas, las ha oído hablar, ha observado sus sentimientos, sus costumbres, y después, combinándolas con arte y enlazándolas en una trama más ó menos original, ha compuesto los cuadros de sus novelas. En *La Catedral*, no. Yo no dudo que Blasco Ibáñez conozca el templo que describe, que sepa de las vidas de los que allí viven y de los que allí vivieron, pero lo que sí puedo afirmar es que no fijó su atención en ellos de la manera que lo hizo con los personajes de sus novelas valencianas, pues en ésta á todos los dibujó sin alma, hasta sin calor de humanidad.

El mismo Gabriel no parece convencido de lo que con tanta fe predica durante el curso de la novela. A todas horas dice lo mismo y se lo dice á todo el que se encuentra sea donde sea: en el claustro, en las naves del templo, en la sacristía, en todas partes. Y aquel hombre que se queja de que el decaimiento de los pueblos procede de la debilidad de los individuos que los forman; aquél hombre, que parece ser el único fuerte de cuantos le escuchan, dice en el momento en que aprovechando sus lecciones tratan de enriquecerse tres de sus discípulos: «Si todos los pobres de Toledo llamasen ahora á las puertas de la catedral, sublevados y embravecidos, yo les abriría paso, los guiaría yo mismo; les enseñaría esas joyas que ambicionáis, les diría: *Apoderaos de ellas*. Son gotas de sudor y de sangre de sus antepasados...» Y más abajo dice: «Eso no pertenece á vosotros porque seais más audaces: pertenece á todos, como de todos son las riquezas de la tierra.»

No deja de tener gracia este razonamiento. A todos los pobres de Toledo abriría él las puertas de su catedral para que se enriqueciesen, pero no solamente á tres, *porque todo pertenece á todos*; ni más ni menos que si los pobres de Toledo fuesen los únicos pobres del mundo, ó que si la conspiración fuera tal que al mismo tiempo que robaban aquellos, se entregaran al saqueo los demás menesterosos del universo.

Hay en la obra aciertos de artista que recuerdan, aunque vagamente, al autor de *La Barraca*. Puede contarse entre ellos un tipo admirable, un maestro de capilla, pobre sacerdote que



no teniendo otro capital que su escaso sueldo, olvida el tono verdoso que va tomando su raída sotana, para emplear en música de Beethoven las pocas blancas que pasan por sus manos.

Y es una sensación de paz y de dulzura la que produce el ver al hombre fiero, al anarquista revolucionario, subir con don Luis—así se llama el músico— las escaleras que conducen á una habitación pobrísima, en la cual pasan la tarde oyendo cómo un órgano envejecido respira con dificultad las notas tristes de algún *adagio* de Beethoven, mientras el cielo va emplomándose y con su lluvia lava los cristales sucios de la ventana.

Este D. Luis es, sin duda, un tipo digno de amarse por quien, á través de las páginas, logre conocerle; pero Blasco Ibáñez le hace perder pronto todo el relieve que en un capítulo supo darle, pues ya no hay párrafo en el libro donde el buen maestro de capilla no nos hable del músico alemán ó no nos haga oír las notas del órgano. Y esto es algo así como si á una figura perfectamente dibujada en un cuadro, le pusiera el pintor un borde de color fuerte, que sólo serviría para quitarle toda la belleza que antes tuviera.

Hay en la obra más aciertos, muchos más; pero, ¿á qué hablar de ellos, si todos tienen un borde de carmín?

MIGUEL. A. RÓDENAS.

## LIBROS RECIBIDOS

ALEJANDRO LARRUBIERA: **El dulce enemigo**. Historias y cuentos. Establecimiento tip. «Sucesores de Rivadeneyra».—Madrid, 1904. 3 pesetas.

IBSEN: **La comedia del amor**. Sempere y C.<sup>a</sup>, editores. Valencia, 1903. Una peseta.

CARLOS MARX: **El capital**. Sempere y C.<sup>a</sup>, editores. Valencia, 1903. Una peseta.

LUIS BUCHNER: **Luz y vida**. Sempere y C.<sup>a</sup>, editores. Valencia, 1903. Una peseta.

FRANCISCO DE ARCE: **Pasionales**. Imp. de Ambrosio Pérez y C.<sup>a</sup>, Madrid. 2 pesetas.



## LAS REVISTAS

EN el número de Diciembre del *Century Illustrated Magazine*, Maurice Maeterlinck escribe sobre las crisantemas. Traducimos algunos párrafos:

«Todos los años en Noviembre, en la estación que se fué á la hora de los muertos, y que corona mayestática el otoño, vi-sito reverente, donde puedo, las crisantemas.

Son las más universales y varias de las flores, pero su diversidad y sus sorpresas son, por decirlo así, armoniosas como las de la moda, en no sé qué Edenes arbitrarios. En el mismo instante como á las sedas, como á los encajes, como á las joyas, como á los rizos, una voz misteriosa les dá pasaporte para el tiempo y el espacio, y dóciles, como son dóciles las mujeres al imperio de esta voz, simultáneamente en todo país, en toda latitud obedecen las flores el sagrado decreto.

Basta, para encontrarlas, entrar al azar en uno de esos museos de cristal en que despliegan su pompa en cierto modo funeral, bajo el armonioso velo de las tardes de Noviembre. Al punto nos asalta la idea dominante de la belleza, del más pesado esfuerzo del año en este mundo especial, extraño y privilegiado, aun en medio del privilegiado y extraño mundo de las flores. Y nos preguntamos si esta idea nueva es una idea real, profunda y necesaria en el sol, en la tierra, en la vida, en el otoño, en el hombre.

Visité últimamente las estufas de Cours-la-Reine para admirar la gentil y desbordante fiesta floral de este año, la última, á la cual las nieves de Diciembre y Enero separan, como ancho cinturón de paz, sueño, silencio y noche de los deliciosos festivos que empiezan de nuevo con la germinación poderosa ya, aunque apenas visible que surge en busca de la luz en Febrero...

...Gracias á algún olvido de la naturaleza, el color menos usual en el mundo de las flores, el más severamente prohibido, el color que únicamente lleva la corola de la euphorbia venenosa en la ciudad de las umbelas, pétalos y cálices, el verde, color reservado sólo para las serviles y nutritivas hojas, ha penetrado en aquellos recintos celosamente guardados. Cierta es que se ha deslizado como traidor, como espía, á favor de un ardid. Es un amarillo envejecido y decrepito, que se ha posado furtivamente en el azul fugitivo de los rayos de luna.



Aun pertenece á la noche, y es falso como las opalinas profundidades del mar. Se revela tan sólo en manchas insignificantes en el borde de los pétalos, es vago..., indeciso, frágil..., pero innegable. Ha entrado, existe y da señales de existencia; cada día es más fijo y más distinto, y tras la brecha que ha abierto, ha dejado pasar todas las alegrías y todos los esplendores del desterrado prisma, que se precipitan en los dominios vírgenes para preparar allí inesperadas fiestas á nuestros ojos...

Esta es la buena nueva y memorable conquista en la tierra de las flores...

.....

Por estas cosas amo las crisantemas, y sigo su evolución con interés fraternal. Entre las plantas familiares es la más sumisa, la más dócil y la más atenta de las plantas que encontramos en el largo camino de la vida. Lleva flores impregnadas hasta su tallo con el pensamiento y la voluntad del hombre... Son flores humanas, por así decirlo. Y si el mundo vegetal nos revela algún día la palabra misteriosa que siempre estamos esperando, quizá sabremos el primer secreto de la existencia de labios de esta flor de las tumbas, como en otro reino de la naturaleza, acaso descubramos, es el perro, guardián casi pensante de nuestros hogares, el hondo misterio de la vida animal...